

NURYA MARTÍNEZ-GAYOL FERNÁNDEZ, ACI*

IRENEO DE LYON: LA IDEA DE «REPARACIÓN» EN EL CONTEXTO DE LA «RECAPITULACIÓN»

Fecha de recepción: octubre 2009.

Fecha de aceptación y versión final: noviembre 2009.

RESUMEN: En este artículo trataremos de sondear qué términos podrían constituir el campo semántico de la idea de «reparación» en la obra *Adversus Haereses* de Ireneo de Lyon. Una vez delimitados los conceptos y el significado con que son utilizados, intentaremos mostrar cómo el término de «reparación» sólo puede ser cabalmente comprendido al ser situado en el horizonte del dinamismo recapitulador que marca la comprensión teológica histórico-salvífica del obispo de Lyon. En este contexto, la idea de reparación es liberada de ser entendida como mero retorno a la situación original participando del propio dinamismo ireneano de la recapitulación de todo en Cristo, en el que toda la creación es reconducida a su plenitud.

PALABRAS CLAVE: Ireneo, reparación, recapitulación, reintegración, reconciliación.

Irenaeus of Lyons: The Idea of «Reparation» within the framework of «Recapitulation»

ABSTRACT: In this article are explored the terms that would constitute the semantic field of the idea of «reparation» in the work of Irenaeus of Lyons *Adversus Haereses*.

* Profesora de la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Comillas, Departamento de Teología Dogmática y Fundamental; ngayol@upcomillas.es

Once defined the concepts and meaning with which they are used, we will try to show how the concept of «reparation» can only be fully understood when placed within the horizon of recapitulative dynamism that marks the theological understanding of salvation history of the Bishop of Lyon. In this context, the idea of reparation is liberated from being understood as a mere return to the original situation; instead, it is understood as participating in the Irenean process of the recapitulation of all things in Christ, in whom all of creation is guided towards its fullness.

KEY WORDS: Irenaeus, Reparation, Recapitulation, Reintegration, Reconciliation.

1. LA IDEA DE REPARACIÓN

Para San Ireneo, el sentido de la venida de Cristo es el de redimir al mundo y abrirle como totalidad el camino al Padre. Rastrear desde esta perspectiva, su idea de reparación nos abre un horizonte de gran interés para la intelección del concepto.

El verbo latino «*reparo*» (ἀνανεόω: *renovar*), como tal, aparece en contadas ocasiones en la obra de Ireneo¹. En *Adversus Haereses* nos lo encontramos por primera vez, en el capítulo 3 del Libro 3. Ireneo está dando cuenta de la sucesión de la iglesia de Roma, y de la necesidad de que toda iglesia esté en armonía con ella. La fundación de la iglesia de Roma es para él la más garantizada porque «en ella» todos «los que se encuentran en todas partes» han conservado la Tradición apostólica. Por tanto, el problema central que se debate en el texto es la *unidad de fe*, y la búsqueda de *armonía* entre todas las iglesias por distantes que estén, algo que sólo es posible porque todas provienen de una misma fuente.

En este contexto aborda la cuestión de las divisiones entre los hermanos de Corinto y de cómo la Iglesia de Roma les escribe una carta «para congregarlos/reconciliarlos en la paz y reparar/renovar su fe» (*reparans fidem forum*: ἀνανεοῦσα τὴν πίστιν).

Pero veamos el texto²:

«Luego de haber fundado y edificado la Iglesia los beatos Apóstoles, entregaron el servicio del episcopado a Lino: a este Lino lo recuer-

¹ Lo encontramos en catorce ocasiones en *Adversus Haereses*, de ellas diez en el Libro V, dos en el Libro III y dos en el Libro IV. Cf. *Thesaurus Irenaei Lugdunensis, Adversus haereses*, Corpus Christianorum, Brepolis, Turnhout 2005.

² La traducción la tomamos habitualmente de *San Ireneo de Lyon. Contra los herejes: exposición y refutación de la falsa gnosis*, traducción, estudio introductivo,

da Pablo en sus cartas a Timoteo (2Tim 4,21). Anacleto lo sucedió. Después de él, en tercer lugar desde los Apóstoles, Clemente heredó el episcopado, el cual vio a los beatos Apóstoles y con ellos confirió, y tuvo ante los ojos la predicación y Tradición de los Apóstoles que todavía resonaba; y no él solo, porque aún vivían entonces muchos que de los Apóstoles habían recibido la doctrina. En tiempo de este mismo Clemente suscitándose una disensión no pequeña entre los hermanos que estaban en Corinto, la Iglesia de Roma escribió la carta más autorizada a los Corintios, *para congregarlos en la paz y reparar su fe*, y para anunciarles la Tradición que poco tiempo antes había recibido de los Apóstoles...» (*Adversus Haereses* III, 3,3).

El término «reparar», tal como es empleado por Ireneo en esta ocasión, está vinculado a tres ideas importantes: reintegrar en la unidad, armonizar lo discordante y renovar. A estas habrá que ir añadiendo las particularidades que surgen de su uso en contextos de curación, así como su intelección con el sentido de restauración, restitución o reintegración.

a) REINTEGRAR EN LA UNIDAD Y ARMONIZAR LO DISCORDANTE

Se trata explícitamente de «*reparar la fe*», y puesto que lo que está en juego es la tradición recibida, sin duda en una primera aproximación, repararla consiste en *restaurarla llevándola a su estado original*, es decir, a la unidad que precedió las divisiones entre los Corintios. Esta situación añade un segundo significado al término, que queda reforzado por la expresión anterior «*reconciliar en la paz*» y por la búsqueda de armonía formulada en el párrafo precedente. Reparar la fe posibilita la armonía entre las Iglesias, por tanto, este *reparar alberga en sí el significado de reintegrar en la unidad*, en el sentido de *armonizar lo discordante y reunir lo distante*.

b) RENOVAR

En segundo lugar, el término que aparece en el fragmento griego expresa más bien la idea de «*renovar*». De hecho la traducción escogida por

notas e índices: CARLOS IGNACIO GONZÁLEZ, Conferencia del Episcopado Mexicano, México 2000; confrontada y corregida en algunos casos según la versión crítica de ADELIN ROUSSEAU - LOUIS DOUTRELEAU, *Irénee de Lyon. Contre les hérésies*, Éditions du Cerf, Sources Chrétiennes (SC), Paris 1952-1982, 11 vols.

Sources Chrétiennes es «*renouveler*». En consecuencia, es preciso no perder de vista la idea de confirmación en la fe, que hay tras la expresión «*repararla*», que añade *un plus de novedad* (re-novar) a la concepción de una mera restauración a la situación primera, y que se expresa en este caso en *el fortalecimiento en dicha fe*.

c) EXPIAR, SATISFACER, CONDONAR, PERDONAR

En el libro V, el tema reaparece al afrontar la cuestión de la necesidad de «*reparación de la desobediencia de Adán*»³. El argumento es recurrente en la tradición. Ireneo concede a la *Cruz de Cristo* esta virtualidad reparadora al mismo tiempo que percibe cómo en ella se nos revela Dios Padre:

«Porque *disolviendo la desobediencia* del hombre que tuvo lugar al principio en el árbol, “se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz” (Fil 2,8), *curando por la obediencia* en el árbol la desobediencia en el árbol... de la manera más evidente nos mostró al mismo Dios al que habíamos desobedecido en el primer Adán no cumpliendo su mandato, al ser *reconciliados por el segundo Adán* haciéndose obediente hasta la muerte; porque tampoco éramos deudores de ningún otro, sino de aquel cuyo precepto habíamos transgredido al principio» (*Adversus Haereses* V, 16,3).

Nos encontramos, en este texto, con la idea clásica de *reparación como condonación y perdón de nuestra deuda*⁴. Ireneo cita el texto de Col 2,14: «*borró (ἐξάλειψω) el documento de nuestra deuda y lo clavó en la Cruz*».

³ Así titulan esta sección tanto la traducción de SC como la del Episcopado de México.

⁴ *Adversus Haereses* V, 17,1. «Porque éste es el Demiurgo que por su amor es Padre, por su poder es Señor, por su sabiduría Hacedor y Creador de todo, del que nos hemos hecho enemigos al transgredir su precepto. Y por eso en los últimos tiempos el Señor *nos ha restituido a la amistad por su propia encarnación*: haciéndose «mediador entre Dios y los hombres» (1Tim 2,5), *propiciando por nosotros al Padre contra el cual habíamos pecado, y consolando nuestra desobediencia con su obediencia*, puso en nuestras manos la conversión y la sumisión a nuestro Hacedor. Por ello nos enseñó a decir en la oración: «Perdónanos nuestras deudas» (Mt 6,12), porque ciertamente es nuestro Padre del que somos deudores al transgredir su mandato... Porque el precepto ha sido dado al hombre por el Verbo, pues está dicho: «Adán escuchó la voz del Señor Dios» (Gén 3,8). Bellamente su Verbo dice al hombre: «Te son perdonados tus pecados» (Mt 9,2; Lc 5,20), porque es aquel mismo contra el cual habíamos pecado al principio, y que al fin nos ofrece el perdón de los pecados».

Esa cruz que nos ha permitido «recuperar» el Verbo de Dios que por negligencia habíamos perdido⁵; la Cruz en la que este Verbo «extendiendo las manos congregó los dos pueblos en el único Dios». Aparecen nuevamente aquí, las ideas de reconciliación, unidad, integración, junto a la del perdón o cancelación de la deuda contraída.

Pero, además, *la reparación de la desobediencia de Adán* a través de la obediencia de Cristo es expresada con una serie de términos, que nos ayudarán a matizar el trasfondo semántico del concepto «reparación» en la mente de Ireneo. Se trata de «curar»⁶ la desobediencia «disolviéndola»⁷ y de este modo «consolarnos»⁸. La comprensión de «reparar» como «curar» ciertamente recorre la tradición de la Iglesia de los primeros siglos⁹, pero resulta altamente original el uso de la idea de «consolar» —típica de la comprensión moderna de la reparación, pero absolutamente extraña al sentido que se le da aquí—, así como la expresión «disolver la desobediencia» para dar razón del modo de repararla.

d) REPARACIÓN COMO CURACIÓN

Entramos —como acabamos de señalar— en un tema muy recurrente en la tradición cristiana y con fuertes raíces bíblicas: la comprensión de *la salvación como curación* y, por ende, la consideración del estado

⁵ *Adversus Haereses* V, 17,4: «Este Verbo, que estaba oculto para los hombres, se manifestó, como dijimos, según la Economía del árbol. Porque así como por el árbol lo perdimos, así por el árbol a todos se nos reveló de nuevo, mostrando en sí mismo la altura, anchura y profundidad y, como dijo uno de nuestros mayores, extendiendo las manos congregó los dos pueblos en el único Dios. Fueron las dos manos, porque eran dos los pueblos dispersos por la tierra (Is 11,12; Ef 2,15), y una sola cabeza en medio, porque «uno es Dios que está sobre todos, por todos y en todos nosotros» (Ef 4,6).

⁶ «Curando por la obediencia en el árbol la desobediencia en el árbol... (*Adversus Haereses*, V, 16, 3).

⁷ «Disolviendo la desobediencia del hombre» (*Ibidem*).

⁸ «Consolando nuestra desobediencia con su obediencia»: *Adversus Haereses*, V, 17,1.

⁹ Por ejemplo, afirma Ignacio de Antioquia: «Uno es vuestro médico, carnal y pneumático, nacido y no nacido, Dios venido a la carne, la verdadera vida a la muerte, tanto de María como de Dios, primero pasible y después impasible, Jesucristo nuestro Señor» (Ef. 7,2). Ser reparado significa también para san Agustín la «restitución de la salud», ser curado, recuperar la visión, etc. La salvación es comprendida como un «reparar curando» (AGUSTÍN DE HIPONA, *Sermo* 142: 3); se ilumina la intelección del dinamismo salvífico presentándolo como un proceso de curación que posibilita el paso de la enfermedad a la salud (AGUSTÍN DE HIPONA, *In epistola Joannis* 18, 11).

caído como una situación de enfermedad de la naturaleza humana y de Cristo como el único médico que nos puede curar.

«El Verbo divino, Hacedor de todas las cosas, que al principio plasmó al ser humano, encontró a su *creatura caída por el pecado*¹⁰; mas de tal manera lo curó en cada uno de sus miembros para volverlo tal como él lo había plasmado, y *reintegró*¹¹ al hombre completo a su estado original, que lo dejó enteramente preparado para resucitar. ¿Y qué otro motivo podría haber tenido al *curar* los miembros de la carne y *restituirles su estado original*, sino para salvar aquellos mismos miembros que había curado? Pues si la utilidad que ellos sacaban hubiese sido sólo temporal, nada de extraordinario habría concedido a aquellos que él había curado. ¿O cómo pueden afirmar que no es digna de la vida que procede de él, siendo la misma carne que de él recibió la curación? Pues *la vida se restituye por la curación, y la incorrupción por la vida*. Y es el mismo quien da la curación y la vida; y el mismo que da la vida reviste de incorrupción a su criatura» (*Adversus Haereses* V, 12,6).

Nos ofrece aquí Ireneo un texto muy interesante en orden a percibir ya la cuestión de la reparación dentro de un proceso o movimiento que apunta hacia la salvación plena. El autor de la reparación, quien repara, claramente es el mismo que otorga la vida, es decir, quien crea, el único capaz de conducirnos a la plenitud a la que estamos destinados. Ciertamente, hay expresiones en las que parece que nuestro autor apunta a un mero retorno de la criatura a su condición inicial. Así la curación tiene por finalidad «*volverlo tal como él lo había plasmado*» y reintegrar al «*hombre completo a su estado original*»¹². Y, sin embargo, se añade como matiz que «*lo dejó enteramente preparado para resucitar*». Esta disposición al acrecentamiento, apuntando hacia la superación de las condiciones de fragilidad de la naturaleza humana, nos permite interpretar esta *reparación-curación* dentro de un proceso en el que la vida, que «*se restituye por la curación*», pueda ser pensada en términos dinámicos, apuntando hacia un cierto progreso o mejora —aún si éste aparece sólo como disposición—.

¹⁰ La edición crítica de Rousseau traduce «habiendo encontrado su obra *estropeada por el mal*», con lo que refuerza la interpretación de esta curación como una «reparación» de aquello que estaba estropeado.

¹¹ La edición crítica de Rousseau traduce «restaurando», aquí seguimos el fragmento armenio 12, que lee *redintegravit* (*redintegrare*). Cf. *Irénee de Lyon. Contre les hérésies*, Livre V (*), Éditions du Cerf, Sources Chrétiennes (SC 152), Paris 1952-1982, 254.

¹² Nótese también aquí la presencia del verbo «reintegrar» (cf. apartado *a*, *supra*).

El doble paralelismo que Ireneo nos brinda en este texto: *la vida que se restituye por la curación y la incorrupción [que se restituye] por la vida*, abre la posibilidad de pensar la reparación en una perspectiva cada vez más amplia. Si la reparación-curación posibilita la restitución de la vida, la vida —en sí misma— parece gozar de una cierta *virtualidad reparadora*, puesto que dicha vida «curada/reparada», se convierte en reparadora de la condición corruptible de nuestra naturaleza, conduciéndola hacia la incorruptibilidad. Se confirma aquí una vez más ese *contium* en el que el de Lyon piensa la historia salvífica. Pero es destacable este modo de plantear cómo la vida, que se deja rehacer y reparar de las «deformidades» con las que el pecado hiere su naturaleza, se convierte no sólo en vida reparada, sino también en reparadora, si se deja revestir de incorruptibilidad por el mismo que la cura y repara. La propia vida es pensada así como camino (reparador) hacia esa restitución final en la que gozaremos de la incorruptibilidad¹³.

La narración del obispo de Lyon de la resurrección de Lázaro nos aporta otro matiz de interés a la hora de intentar comprender el sentido de la «curación-reparación» como portadora de novedad, y como preludeo de esa «nueva criatura» que estamos destinados a ser.

«Y “llamó a Lázaro con una fuerte voz, diciendo: ¡Lázaro, sal fuera! Y el muerto salió, atado de las manos y los pies” (Jn 11,43-44). Este es un *símbolo del hombre ligado por el pecado*. Por eso el Señor le dice: “Desatadlo y dejadlo andar” (Jn 11,44) ... Así pues, aquellos enfermos fueron *curados* en los mismos miembros dolientes y los muertos resucitados con sus mismos cuerpos, recibiendo del Señor la vida y la curación en sus mismos cuerpos y miembros, *lo cual es un signo temporal que preludea lo eterno* y muestra que es el mismo aquel que da

¹³ En *Adversus Haereses* III, 5,3, encontramos otro texto que, desde otra perspectiva, refuerza sin embargo nuestra interpretación. Aquí Ireneo afirma que Cristo es el Hijo de Dios, y lo manifiesta mostrándose a los hombres como «aquel que *restaura* (ἀνθρώποις ἀποκαθιστάνοντα) su libertad y les procura la herencia de la incorruptibilidad». De nuevo se subraya la única autoría de la reparación y de la consumación, y al mismo tiempo la procesualidad, el carácter dinámico que contienen ambos conceptos. La incorruptibilidad hace ahora pareja con la libertad. Ambas nos son alcanzadas por Cristo, y así nos restaura. También en el Libro II, 31,2 el término *restaurare* reaparece para ser utilizado con el significado de «devolver la integridad a los miembros del cuerpo accidentados o enfermos». En la mayor parte de las apariciones de este verbo en el texto de *Adversus Haereses*, el sentido del mismo está vinculado con el tema de la salud o la curación. Y *restituere la salud* habla fundamentalmente de «dar dicha salud» (Cf. *Adversus Haereses* II, 32,4).

la curación a su creatura y que puede *dar de nuevo la vida*» (*Adversus Haereses* V, 13,1).

Para Ireneo, el ser humano está destinado por Dios a ser glorificado en su carne, mientras tanto estamos en *periodo de construcción*, caminando hacia una semejanza que implica la asimilación con Dios: ser divinizados, deificados¹⁴. Es en este periodo de construcción donde adquiere más sentido hablar de «reparación», y donde ésta puede ser comprendida como «curación» que libera de las ataduras del pecado, de la enfermedad que daña y desfigura esa carne destinada a la glorificación en la semejanza.

e) RESTITUIR, RESTAURAR (RECONSTRUIR)

En estrecha relación con el término «reparo» encontramos en los escritos de Ireneo un uso más habitual de otros términos, tales como ἀποκαθίστημι (*restituto, restauro*), *redintegro-redintegratio, restauratio, apocatastasin*¹⁵. Aunque la idea fundamental del término ἀποκαθίστημι (*restituto, restauro*) sea la de *retornar algo a su estado primitivo*, de hecho los LXX lo utilizan para referirse a la restauración escatológica, y también Ireneo lo hace en contextos que nos permiten comprender que tras la mencionada restauración se encuentra la esperanza de alcanzar una realidad enriquecida, más consumada. Así, por ejemplo, habla de cómo Cristo *restauró la libertad de los hombres* (ἄνθρώποις ἀποκαθιστάνοντα)¹⁶; de cómo él, Verbo hecho carne, entra en comunión con nosotros y *restituye* (*restituens*) así nuestra comunión con Dios (ἀποκαταστήσας τὴν πρὸς τὸν θεὸν κοινωνίαν)¹⁷.

En las *refutaciones a la doctrina del Pléroma*, nos encontramos de nuevo con los verbos *restituto*¹⁸ y *restauro*. No son de tanto interés para nuestro

¹⁴ La divinización del hombre viene de que la sustancia humana se olvide de sus facultades (corruptible, mortal, y pasible) y asuma las cualidades divinas (impasible, inmortal, incorruptible).

¹⁵ *Adversus Haereses* I, 17,1; I, 14,1; III, 5,3; III, 18,7; III, 23,3; II, 32,4; III, 21,3; I, 8,4; I, 2,4.

¹⁶ *Adversus Haereses*, III 5,3. La misma idea de «restauración de la libertad», pero teniendo por sujeto la justicia y la potencia de Dios, en *Adversus Haereses*, III, 23,2.

¹⁷ *Ibidem*, III, 18,7.

¹⁸ Así en el Libro II, 32,3 al afirmar que Judas no fue restituido en el número de los doce. En el contexto de la explicación de la doctrina gnóstica del desarrollo del Pléroma, lo encontramos en *Adversus Haereses* I, 2,4 (καὶ ἀποκατασταθῆναι τῇ συζυγίᾳ) y *Adversus Haereses*, I, 8,4 (ἀποκαθιστάσθαι κατ' αὐτοῦς ἐντὸς Πληρώματος).

objeto las ocurrencias en las que la restitución afecta a los temas concretamente refutados, mientras que la aparición del término en el contexto de *las curaciones de Jesús*, vuelve a situarnos en el campo semántico que tratamos de esclarecer.

Llama nuestra atención, en primer lugar, que el verbo ἀποκαθίστημι sea el utilizado por el evangelista Marcos en *la curación del hombre con la mano paralizada* (Mc 3,1-6). Este restablecimiento de la mano, en una curación realizada en sábado, pone de relieve cómo Jesús está también restaurando la Torah en tanto que le devuelve su significado salvífico original.

Ireneo utiliza el verbo en este mismo sentido y no sólo en referencia a la Ley¹⁹, sino también en referencia a *la acción curativa de Jesús*, contemplándola como orientada a «restaurar» al ser humano en su integridad (ἀποκαταστήσας τὸν ἄνθρωπον)²⁰, en tanto parte de la creación de Dios y de su proyecto para con lo creado²¹. Aquí, nos encontramos nuevamente con un uso del término «restaurar» muy cercano a la idea de «renovar» y «reintegrar»²² —o que nos va aproximando al tema ireniano de la recapitulación—.

Cristo resucitado es el modelo que Dios tuvo delante al modelar a Adán. Por tanto Cristo es el objetivo al que ha de llegar la carne humana. El hombre es un ser «*in fieri*», como ya hemos dicho, está como en construcción, se está haciendo, sólo después de la resurrección llegará a ser

¹⁹ Para preparar nuestra fe en el Hijo, Dios inspiró a Esdras para que, recordando todas las palabras de los antiguos profetas, *restituyese al pueblo la Ley de Moisés* (ἀποκαταστήσαι τῷ λαῷ): *Ibidem*, III, 21,2.

²⁰ *Adversus Haereses* V, 12,6.

²¹ Ireneo ve en los milagros de Jesús signos de la Resurrección, de forma paralela a como lo es la conversión (por ejemplo de Pablo). Un lugar donde lo explicita con claridad es el caso de la curación de los ciegos, donde vuelve a hablar de «*restitución de sus ojos*» y de cómo ésta supone la *reparación de los ojos* con los que antes no veían. Lo que se transforma son los mismos ojos. Esta *restauración* de todo lo que constituye al ser humano tal como lo había proyectado Dios al crearlos nos *encamina hacia la «reintegración» del hombre completo*, es decir a prepararlo para resucitar (*Adversus Haereses* V, 12,5-6). Esta misma idea de «restaurar» (ἀποκαθιστάω) *la integridad del cuerpo*, como efecto salvífico del poder curativo de Jesús o por la imposición de las manos, las encontramos en el *Adversus Haereses* II, 31,2 y 32,4 respectivamente.

²² El término «*reintegratio*» lo encontramos también en el Libro I, en la explicación sobre la doctrina gnóstica de la primera Cuaterna, al referirse a la finalización futura de todo el universo (*apocatástasis*) en una concurrencia en una letra única y en una única resonancia.

perfecto hombre, cuando su carne haya adquirido la incorruptibilidad y la inmortalidad. Mientras tanto, está sometido al trabajo de las manos divinas, que lo van reconstruyendo, rehaciendo y reparando, para que recupere su cercanía al modelo hasta que alcance la perfecta semejanza con él.

La historia, puesto que en ella se han dado la ruptura, el pecado y la muerte, es el tiempo de la reparación y, también, el espacio de su maduración para que el hombre, desde la *imagen* en la cual fue creado en el origen, llegue a la perfecta *semejanza* con Dios en la consumación y recapitulación escatológicas.

f) INTEGRACIÓN POR EL AMOR

El ser humano necesita de «reparación» en el sentido de integración, de reorientación y restauración, de recuperación de sentido de su vida. Necesita de la reparación como el movimiento que le conduce hacia el destino de plenitud y realización eterna, a la unidad en Dios. El ser humano tiende a su total cumplimiento en Dios, pero este fin no lo puede alcanzar por sus propias fuerzas. Además vive en el tiempo, en la historia, en el ámbito de la finitud y de la contingencia, y se siente *disperso, separado, fraccionado*... Al mismo tiempo también siente dentro de sí mismo una tensión, una tendencia a una felicidad a una realización última, a una consumación y meta. Es decir, el ser humano vive una experiencia de ruptura interior, en un mundo también roto; vive en una economía de pecado en una situación de «*ruptura*», que no es su condición original y primaria, ni es su destino último. La consumación, integración, y unificación final, a la que está llamado, la hará posible el Amor. El Amor genera unidad, comunión, síntesis.

La acción reparadora de Jesús sobre el ser humano, tiene una doble vertiente integradora. *Integra al individuo* en sí, lo recoge de su dispersión y lo orienta hacia su fin. Pero todo ello no se realiza en el ser humano como en un ente aislado del resto de la humanidad y del mundo, al contrario, este movimiento de convergencia atañe a la entera humanidad y a la entera creación, porque sólo si este proceso de reunificación incumbe al ser humano en sus relaciones constitutivas puede ser verdaderamente plenificante e integrador. Es «*todo el ser humano*» el que está destinado a la salvación con todos los hombres y mujeres (la entera humanidad) y en tanto que ser mundano, con el mundo (Nueva Creación). Ireneo afirma

sin ambages que Dios no nos salva *de* la creación, sino *en* ella y *con* ella. El deseo original de Dios es su comunicación de amor²³. Para llevarlo a su realización Dios, por medio de su Hijo, tendrá que recapitular todas las cosas en sí mismo, es decir, *renovar* y *elevantar* todas las cosas para conducir las al reino celeste²⁴. Este será el contexto propio donde ahondar en el concepto reparación.

Ireneo transmite la convicción de que para que este *proceso de reunificación* pueda tener lugar, el que es la *unidad perfecta en la diferencia de personas*, ha descendido hasta nuestro mundo, y se ha encarnado en nuestra multiplicidad y dispersión, para incluyéndolo todo en su propia existencia humana, poder conducir ésta al Padre y, tras ella, el mundo y la entera humanidad. *Este camino de retorno* que inaugura Cristo, y que el Espíritu animará y guiará hasta su plenitud, nos permitirá captar cómo en la multiplicidad de la realidad, habita el fundamento divino de la unidad.

2. LA REPARACIÓN EN EL CONTEXTO DE LA RECAPITULACIÓN

Dentro del vasto e interesante pensamiento del de Lyon hay una noción muy estudiada: *la recapitulación*. Ella nos dará el marco necesario para captar las particularidades y el enriquecimiento que la idea de «reparación» experimenta en la pluma del obispo de Lyon.

a) LA RECAPITULACIÓN

Recapitular es un término ambiguo y discutido por la poliedricidad de sentidos que es capaz de contener en sí. Antes de ser utilizado en el NT era una palabra que provenía del campo de la retórica y significaba básicamente «resumir», «repetir en síntesis al final del discurso lo dicho anteriormente», «rematar un discurso»²⁵.

²³ Cf. *Adversus Haereses* IV, 20, 1: «Es imposible conocer a Dios en su grandeza: porque el Padre es incapaz de ser medido (por el hombre). En cambio, por el amor Suyo —es el amor (Suyo) el que nos lleva mediante el Verbo de Dios— los que le obedecen aprenden siempre cuán grande es...». También en *Adversus Haereses* III, 24,2; IV, 20,4,5; IV, 38,4.

²⁴ Cf. *Adversus Haereses* III, 10,8.

²⁵ J. P. TOSAUS ABADÍA, *Cristo y el Universo. Estudio lingüístico y temático de Ef 1, 10b, en Efesios y en la obra de Ireneo de Lyon*, Universidad P. Salamanca, Salamanca 1995, 53.

Pablo utiliza el término en Ef 1,10, para especificar el contenido del misterio en la fórmula: *Anakefalaiosis ta panta en to Cristó* [ἀνακεφαλαιώσις τα πάντα ἐν τῷ Χριστῷ]. Es decir, Cristo es el punto cardinal en el que convergen todas las líneas del universo (*recapitulatio omnium*). Pero la idea de representación del universo sería insuficiente. El aoristo debe interpretarse como indicador de un acontecimiento singularísimo de Dios situado históricamente en el acontecimiento de Cristo. *Anakefalaiosis* [ἀνακεφαλαιώω] converge con los v.9b y 10a, según los cuales la historia alcanza su meta en Cristo. Por eso el cosmos indica no un cosmos contenido en sí mismo, sino la creación divina orientada hacia una meta (v.4). Entonces Ef 1,10bc describe el acto de Dios que establece en Cristo la meta escatológica, por amor del cual toda la creación fue llamada a la existencia, de tal manera que en él se compendia el universo entero en sus dimensiones espaciales y temporales. Algunos exegetas han criticado el sentido del texto como si se tratara simplemente de una restauración del antiguo orden del universo o de su unidad²⁶. Si ponemos el texto en relación con Colosenses, y lo consideramos en el contexto amplio de toda la carta, podríamos pensar en una reconciliación del universo en Cristo, pero este texto más específicamente nos está hablando de esta idea en relación a la Iglesia (2,16) e interpreta por ello 1,10 en una perspectiva más histórica que cosmológica. Por eso Efesios no deduce de 1,10 la afirmación sin más de Cristo cabeza del Universo, sino que dice que Cristo fue dado a la Iglesia como cabeza sobre todas las cosas (1, 22ss; cf. 4,15ss). Es decir, la *anakefalaiosis* pone en marcha un proceso que permite a la soberanía de Cristo afirmarse a sí misma a través de la Iglesia en presencia de las naciones y de los poderes (3,8ss) y confiere así una dimensión histórica al cumplimiento y plenitud del universo²⁷.

Los distintos autores cristianos han dado diversas lecturas e interpretaciones a este término: *anakefalaiosasthai*. En primer lugar quienes lo interpretan en el sentido de *recapitulare*, con Ireneo a la cabeza, pero también Orígenes y Tertuliano y Jerónimo. Un segundo grupo optará por los conceptos de *instaurare - restaurare* (Ambrosiaster) - *renovare* (Agustín, Juan de Damasceno, Teodoreto de Ciro), todos ellos términos muy cercanos a la idea ireneana de «*reparare*». En tercer lugar, *unificar bajo*

²⁶ Cf. J. GILKA, *Pablo de Tarso*, Herder, Barcelona 1998.

²⁷ H. MERKLEIN, voz «recapitulación», en *Diccionario exegético del Nuevo Testamento*, vol.1, Sígueme, Salamanca 2002, 243-246.

una cabeza (Juan Crisóstomo, Teodoro de Mopsuestia, Eucumenio). Las diversas elecciones dependen bien de una opción de traducción (por ejemplo, VL y Vg conocen la traducción «*instaurare*»), bien de la sensibilidad de los hablantes de la lengua griega, y del cambio que eso produjo en la comprensión de la partícula «*ana*», que al valor *distributivo* —todos y cada uno de los elementos—, añadió el *iterativo*. En el caso de Ireneo, muy pocas veces le da un sentido de «*repetición*» y cuando lo hace suele añadirle el matiz de «*síntesis*»²⁸ por lo que supone un tipo de *repetición cualitativa*²⁹.

²⁸ Cf. *Adversus Haereses* III, 21,10; 22,1; IV, 38,1.

²⁹ Estos cambios afectarán también a los autores latinos, entre quienes predomina el *sentido iterativo de «ana»* y donde las posibles lecturas de dicha raíz orientan en dos líneas: *recapitulare* en el sentido de la retórica clásica: resumir, repetir en síntesis (Tertuliano y Jerónimo) y *restaurare* (Ambrosiaster) e *instaurare-renovare* (AGUSTÍN, *Enchiridium* 62, PL 40,261). Este sentido de «*restauración*» implica la perturbación de un orden previo, y será la significación que más se acerque a la idea latina de «*reparación*». Durante la *Edad Media*, esta interpretación será absolutamente predominante, posiblemente debido a la traducción de la *Vulgata* y a la opinión de San Agustín. Se interpreta «*la restauración celeste*» con un trasfondo soteriológico en tres sentidos, según se acentúe una visión más cósmica, más antropológica o una mezcla de ambas: a) *Mixtura de lo cósmico*. Agustín es el representante más destacado. Entiende esta restauración como un completar con los hombres salvados por Cristo, los puestos abandonados por los ángeles caídos (Hugo de San Víctor, Pedro Lombardo, Tomás de Aquino, *Commentaria II*, 266) y de *lo cósmico-antropológico*: restauración de la amistad entre los ángeles y los hombres rota por el pecado (siguiendo a Agustín, Lombardo y Tomás de Aquino); b) *Dimensión cósmica pura*: centrado en la alegría de los ángeles por la salvación de los hombres (Teodoreto de Ciro, Pelagio, Casiodoro, Juan Damasceno); c) *Dimensión antropológica*, oscila entre los binomios *almas-cuerpos*, *judíos-gentiles* (siguiendo a Pelagio, Hugo de san Víctor, Lombardo). En la *Época moderna* (xvi-xix) se prolongan las tres lecturas provenientes de la patrística. La lectura «*recapitulación*» aparece con frecuencia (Erasmus de Róterdam). La «*restauración*» que había sido tan popular en la Edad Media sufre en este período casi un total abandono, al volver los autores al texto griego original donde no encontraba suficiente fundamento. Y finalmente, la lectura «*unificación bajo una cabeza*», que es la más frecuente. La introduce Erasmo de Róterdam, pero no se refiere a su creador Juan Crisóstomo sino a Teofilacto. Por último en la *época contemporánea*, con la llegada de los métodos histórico-críticos, la línea de interpretación «*recapitulación*» es leída en sentido de que Cristo es el principio de unidad de toda la creación, pero no su cabeza ni su reunificador (Dibelius, Robinson, etc.). La opción «*restaurar*» se reformula como «*unificar de nuevo*», queriendo recuperar la fuerza de la partícula «*ana*» (Ewald, Gnilka, Meinertz); pero es la tercera hipótesis la que tendrá una mayor aceptación «*unificar bajo una cabeza*» (Soden, Benoit, Gnilka, Schlier). Cf. J. P. TOSAUS ABADÍA, *Cristo y el Universo. Estudio lingüístico y temático de Ef 1, 10b, en Efesios y en la obra de Ireneo de Lyon*, Universidad P. Salamanca, Salamanca 1995, 53-60.

b) REPARACIÓN EN EL PROCESO DE LA RECAPITULACIÓN DESDE LA TEOLOGÍA DE LA IMAGEN

Aunque la recapitulación es sin duda la idea fundamental en la percepción de Ireneo del término *anakefalaiosasthai*, ciertamente es posible percibir cómo muchas de las opciones alternativas que bien en su momento o a lo largo de la historia han intentado dar cuenta del concepto, pertenecen al vocabulario básico desde el que debe ser entendida no sólo la idea de recapitulación, sino también la de reparación. Y ambas ideas habrán de ser comprendidas en referencia al binomio «imagen y semejanza».

La mayor parte de los autores acentúan en Ireneo la distinción entre los dos vocablos (imagen, semejanza), contemplando la imagen como algo estático, dado en la creación, mientras la semejanza denota un dinamismo de constante actualización y perfeccionamiento de dicha imagen, en un proceso de progresiva asimilación a su origen y destino conducido por el Espíritu. El hecho de que el pecado sea presentado como el responsable de la pérdida de la semejanza, la cual Jesús restableció por su encarnación, mientras la imagen permaneció intacta, respalda esta distinción³⁰. Sesboué rompe en cierto sentido el consenso general, con la opinión de que el lenguaje de Ireneo a propósito de la «imagen y semejanza» se mueve con fluidez entre la distinción y la identificación entre ambos términos³¹.

«Entonces, empero, se dio a conocer este Verbo, cuando el Verbo de Dios se hizo hombre, asemejándose (*assimilans'*) al hombre, y (asemejando) el hombre a Sí, a fin de que, mediante la semejanza que tiene con el Hijo, se haga el hombre precioso (estimable) al Padre. Pues en los tiempos pretéritos, se decía, había sido hecho el hombre a imagen de Dios, mas no se mostraba que así lo fuese. Porque el Verbo aquel a cuya imagen había sido hecho el hombre era todavía invisible. Mas cuando el Verbo de Dios se hizo carne, ambas cosas las confirmó: *manifestó en su verdad la imagen*, hecho Él (personalmente) esto (= carne) que era su imagen; y *restituyó*³² en (toda su) *firmeza la semejanza*, haciendo el hombre semejante al Padre Invisible mediante el Verbo visible» (*Adversus Haereses V, 16,2*).

³⁰ A. ORBE, *Antropología de San Ireneo*, BAC, Madrid 1969, 118-126; L. LADARIA, *Antropología teológica*, Madrid: Universidad Pontificia de Comillas, 1983, *op. cit.*, p.124-125; J. KIRCHMEYER, *Grecque (Église): DSp VI*, col.815, 820.

³¹ Cf. B. SESBOUÉ, *Jesucristo el único mediador*, ensayo sobre la redención y la salvación, t.I, Secretariado Trinitario, Salamanca 1990, 221-222.

Así pues, el hombre ha sido creado, en el origen, a imagen de la verdadera imagen de Dios, que es Cristo, y llamado a la semejanza a través de la participación y comunión con él. Y aunque entre ambos momentos se encuentra la realidad histórico-concreta de la humanidad y de cada ser humano, signada por el pecado, la intuición ireneana, nos permite ensayar una *lectura de la reparación*, que no queda exclusivamente vinculada a la recuperación de la imagen de gloria perdida por el pecado, sino que *se introduce dentro de un movimiento de perfeccionamiento* que le es necesario a la naturaleza para alcanzar la plenitud de la semejanza a la que estamos destinados. La visión de este movimiento ascendente según Ireneo, queda clarificada en su tratamiento e intelección del texto de la carta a los Efesios —Ef 1,10—, y del término clave «*anakefalaiosasthai*»³³ (*recapitulación*), que nos brindará un posible acercamiento a la noción de «reparación» desde este sentido *restaurador* y *recapitulador* de la realidad y acudiendo como trasfondo a *la teología de la imagen*³⁴, pues la propia noción de «recapitulación» en Ireneo implica *la restauración de la imagen de Dios en el hombre*. El *terminus a quo* de la redención es la liberación del dominio de Satanás y la recapitulación de la historia previa de la humanidad. El *terminus ad quem* es el aspecto positivo: la renovación de la imagen y semejanza de Dios³⁵.

³² La opción de traducción en SC es: ἀποκατέστησεν. Dicha lectura es confirmada frente a otras posibles argumentando que el *restablecer* conviene a la condición de *semejanza perdida*, incluso cuando —como en este caso— claramente el restablecimiento sitúe en una condición mejor, haciéndola sólida (βεβαίως), cuando en origen era frágil (ῥαδίως). Cf. *Irénee de Lyon. Contre les hérésies*, Livre V (*); Éditions du Cerf, Sources Chrétiennes (SC 152), Paris 1952-1982, 278.

³³ El término se divide en dos partes según Schlier: *ana*, que significa movimiento ascendente o de regreso, y *kefalaioō*, que quiere decir resumir, recapitular. Para Schlier este versículo hay que entenderlo desde 1,23, y así la recapitulación implica que Dios instituye a Cristo como cabeza y al mismo tiempo un dinamismo de unión y elevación. Cf. H. SCHLIER, *Carta a los Efesios*, Salamanca 1991, 84.

³⁴ La *teología de la imagen* en Ireneo está fuertemente arraigada en el texto bíblico y se estructura dentro de las coordenadas básicas de su comprensión global de la salvación, estrechamente vinculada con su cristología del segundo Adán y con la recapitulación de todas las cosas en Cristo.

³⁵ CTI, *Cuestiones selectas sobre Dios redentor*, n.5. «Para la recapitulación de la imagen y semejanza de Dios tienen que estar presentes tanto el Verbum como el Spiritus. El primer Adán prefigura al Verbo encarnado, en vista del cual el Verbum y el Spiritus han formado al primer hombre, pero éste permaneció en una condición de «niñez» porque el Espíritu, que da el crecimiento, lo abandonó. La semejanza dada por el Espíritu Santo introduce un nuevo y final período de la «economía' (*oikonomía*)»

Para Ireneo era conveniente que nos salvase el Hijo, ya que fuimos creados en el principio a imagen de Dios, según un paradigma que es él. Pero la Escritura no dice que hubiese sido creada el alma del hombre según esta imagen, sino el hombre mismo, es decir, alma y cuerpo. Luego es la semejanza de todo el «hombre», y no sólo del alma, la que Cristo salva al reconstruirla³⁶, y así *restaurando en nosotros la imagen original, nos repara*³⁷.

La idea de «reparación» como «restitución, renovación, restauración», apunta también hacia *la escatología*. En realidad toda la teología irenea está marcada por una clara orientación escatológica. *El Verbo encarnado, repara a su criatura dañada por el pecado*³⁸, curándola, restituyéndola a su integridad y preparándola así para resucitar

que se completó en la resurrección, cuando todo el género humano recibió la forma del nuevo Adán. El aspecto pneumático de la recapitulación «ανακεφαλαιοσασθαι, *anakefalaiosis*» es importante porque la posesión permanente de la vida es posible sólo por el Espíritu Santo. Aunque la Encarnación resume el pasado, compendiándolo en la recapitulación, ella, en cierto sentido, lleva el pasado hacia un final. La efusión del Espíritu Santo, que ha sido inaugurada en la resurrección, dirige la historia hacia el eschaton «ἔσχατον» y hace la recapitulación «ανακεφαλαιοσασθαι» verdaderamente universal».

³⁶ Cf. *Adversus Haereses* V, 6,1; V, 12,3.

³⁷ El Hijo de Dios se ha hecho carne para que participásemos de su incorruptibilidad. Para explicar cómo sucede esto, Ireneo acude a tres principios soteriológicos que desde él se han hecho clásicos: a) *El admirable intercambio*. «Por su inmenso amor (Ef 3,19) se hizo lo que nosotros somos, a fin de elevarnos a lo que él es» (*Adversus Haereses* V, Pr.); la idea toma en ocasiones otras formulaciones tales como: «El Hijo de Dios se hizo hombre para que los hombres nos hiciésemos hijos de Dios», etc. b) *La recapitulación*: así como Adán es cabeza de la humanidad pecadora, Cristo se hizo Cabeza de la humanidad redimida (Cf. *Adversus Haereses* III, 18,7). c) Y esto lo realizó mediante el proceso de *recirculatio*, esto es, deshaciendo la obra mal hecha por el primer hombre (Cf. *Adversus Haereses* III, 18,6-7; V, 21,1-2): si el hombre pecó por desobediencia al Padre y por eso fue condenado a la muerte, Cristo acepta la muerte por obediencia al Padre para darnos la vida, etc. La tipología que sostiene toda la argumentación es la doctrina de los «dos Adanes», el primero cabeza de la humanidad pecadora, el segundo de la humanidad redimida que nos muestra el camino que hemos de recorrer con él para ser salvos (Cf. *Adversus Haereses* III, 11,8; 21,10; V, 12,4). La reparación retorna la carne de pecado a su situación de creación, y la identidad de la carne creada por el Padre al inicio, pero no se detiene ahí pues es esa carne también la asumida y redimida por el Hijo, y destinada a la plenitud en Dios. De este modo nos revela la perfecta unidad entre el Creador y el Redentor: «no es posible buscar otro padre fuera de éste... ni otra mano de Dios fuera de aquella que desde el principio hasta el fin nos modela y adapta a la vida y que está presente a su creación para perfeccionarla según la imagen y semejanza de Dios (Cf. *Adversus Haereses* V, 16,1).

³⁸ *Adversus Haereses* V, 17,1.

«... mas de tal manera *lo curó en cada uno de sus miembros* para volverlo tal como él lo había plasmado, y *reintegró al hombre completo* a su estado original, que lo dejó enteramente *preparado para resucitar*. ¿Y qué otro motivo podría haber tenido al curar los miembros de la carne y *restituirles su estado original*, sino para *salvar aquellos mismos miembros que había curado*? Pues si la utilidad que ellos sacaban hubiese sido sólo temporal, nada de extraordinario habría concedido a aquellos que él había curado. ¿O cómo pueden afirmar que no es digna de la vida que procede de él, siendo la misma carne que de él recibió la curación? *Pues la vida se restituye por la curación*, y la incorrupción por la vida. *Y es el mismo quien da la curación y la vida*; y el mismo que da la vida reviste de incorrupción a su criatura» (*Adversus Haereses V, 12,6*).

Pero la reparación no sólo mira a la restitución de la situación de pecado, también incluye esa dimensión de perfeccionamiento de una naturaleza que es frágil y está llamada a ser fortalecida, validada, a recibir una mayor consistencia³⁹. Posiblemente desde ahí puede comprenderse mejor el contenido del «dejar enteramente preparado para resucitar». De ahí que parezca posible entender esta *reparación* dentro del gran movimiento de «*recapitulación*». Contribuye a ello el sentido que aporta la partícula «re» (ana), que dice *relación a un movimiento de vuelta y regreso de la creación hacia Dios*, pero también contiene la capacidad de apuntar a un *movimiento ascendente*. La fusión de ambos significados nos ayuda a entender que no se trata de disolver la escatología en la protología, sino de un proceso de maduración y perfeccionamiento a lo largo de la historia de salvación, de una *integración* del principio, enriquecido con su historicidad y temporalidad, *en el final escatológico*

«no es posible buscar... otra mano de Dios fuera de aquella que desde el principio hasta el fin nos *modela y adapta a la vida*⁴⁰ y que *está presente a su creación para perfeccionarla según la imagen y semejanza de Dios*» (*Adversus Haereses V, 16,1*).

³⁹ Véase nota n.º29.

⁴⁰ La mano de Dios es la que «modela y adapta». El sentido de esta expresión queda reforzado por el uso habitual que Ireneo hace del verbo modelar (*éplasen*) cuando está hablando de la creación «*modelando a Adán*», así como del término «*remodelar*» para hablar de la curación del ciego de nacimiento. Ciertamente es propio del Creador: modelar/plasmar, y del reparador: remodelar, adaptar, siempre en vistas al perfeccionamiento de la imagen. «Es el mismo Padre, cuya voz desde el principio hasta el fin se hace presente a su creación; así como también la substancia con la cual fuimos modelados» (*Adversus Haereses V, 16,1*).

La traducción latina antigua del término griego «recapitulación» era *recirculatio*. Así lo hace Ireneo en su teología de la historia. Tampoco aquí estamos ante una simple vuelta al principio sino ante un horizonte mucho más amplio (tal como von Balthasar ha interpretado a Ireneo)⁴¹ que implica una cierta *integración e inclusión* en el mismo *movimiento de recapitulación en Cristo*. Movimiento y destino al que el universo entero está llamado desde la fundación del mundo (Col 1,16) y que se va realizando a través de un *movimiento combinado* que se produce desde la *Creación tensionada a dicho fin*, gracias al Espíritu, y por otro lado acontece por pura gracia divina.

Las notas características del término «recapitulación» en Ireneo son: *resumir, unir cosas distintas, asumir, perfeccionar, culminar, renovar*⁴². De todo esto resulta un significado global que podría sintetizarse en la expresión: *asumir la totalidad del ser humano, resumiendo la historia humana, que es designio divino de salvación, uniendo a Dios con el hombre*. Y en segundo término, sometiéndose la totalidad de los seres, *renovando a la criatura humana deformada por el pecado, perfeccionando su obra creadora*. Esta acción integradora, que *nos resume o reasume* en la unidad de la plenitud integradora de la vida divina, pasa por *unir lo que está distante o roto, restaurar y renovar lo deformado por el pecado*, y en este sentido supone una «reparación» del estado de dispersión, de esclavitud y fragmentación en el que vivimos por el pecado —como hemos señalado en la primera parte— (movimiento vertical descendente) que, al mismo tiempo, está inscrito en ese proceso por el que la imagen alcanza la semejanza (ascendente, a través de la conformación con Cristo).

Para establecer la relación *recapitulación-reparación* en Ireneo, nuestro punto de partida será lo más personal de la visión de Ireneo sobre la *recapitulación*, que consiste en su *centramiento en la Encarnación*⁴³.

⁴¹ H. U. VON BALTHASAR, *Gloria. 2 Estilos eclesiásticos*, Cristiandad, Madrid 1986, 52ss.

⁴² B. SESBOUÉ, siguiendo a E. SCHARL, *Recapitulatio mundi*, sintetiza lo que hace la recapitulación con cuatro verbos: *resumir, asumir, recrear y culminar*; mientras afirma que con este verbo Ireneo se refiere realmente a la totalidad del proceso salvífico operado por Cristo. Cf. *Tout récapituler dans le Christ. Christologie et sotériologie d'Iréné de Lyon*, Desclée, Paris 2000, 160-163.

⁴³ Cf. para esta parte: J. P. TOSAUS ABADÍA, 274ss.

La encarnación se ubica en el centro de la historia, y es por ella que se recapitula el pasado en anticipación del futuro. Por la recapitulación se resume la entera historia humana en la vida de Cristo ⁴⁴:

«Cuando se encarnó y se hizo hombre, *recapituló* en sí mismo la larga serie de los hombres, *dándonos la salvación como en resumen* (en su carne) para que pudiéramos *recuperar* en Jesucristo lo que habíamos perdido en Adán, a saber, la imagen y semejanza de Dios» (*Adversus Haereses* III, 18,1) ⁴⁵.

Tampoco aquí se trata sólo de *recuperar* la imagen y semejanza perdidas por el pecado sino de un dinamismo de perfeccionamiento, de renovación, que por medio de una acción progresiva, conduce a la plenitud.

«[Jesús] sabe que *trajo toda novedad* cuando se trajo a sí mismo que había sido anunciado. Porque estaba anunciado que vendría una novedad a *renovar* al hombre y darle vida» (*Adversus Haereses* IV, 34,1) ⁴⁶.

Este dinamismo «reparador» comienza ya en la Encarnación, y por eso habla Ireneo de ese traer «toda novedad» al traerse a sí mismo. En primer lugar porque en el hacerse el Verbo carne, se hace manifiesto que él era el paradigma a cuya imagen el hombre fue plasmado, y así se conoce que el *ser humano es imagen de Dios*, y en ello se renueva la dignidad

⁴⁴ Cf. A. CORDOVILLA, «El camino de la salvación», en N. MARTÍNEZ-GAYOL (ed.), *Retorno de amor. Historia, teología y espiritualidad de la Reparación*, Sígueme, Salamanca 2008, 62-63.

⁴⁵ La creación de Adán fue profecía de la Encarnación, la cual fue indispensable para que el don de la salvación alcanzara a toda la humanidad: «[...] Lucas en el origen de nuestro Señor muestra que desde Adán su genealogía tuvo 72 generaciones (Lc 3, 28-38) para ligar el término con el principio y para significar que él es el que *recapitula en sí mismo* (ἀνακεφαλαιώσασθαι τὰ πάντα ἐν τῇ Χριστῇ) (Ef 1,10) todos los pueblos dispersos desde Adán y todas las lenguas, y generaciones de los hombres...»: *Adversus Haereses* III, 22,3. La recapitulación realiza la transformación de todo el género humano, tanto las generaciones anteriores de la encarnación del Verbo como las posteriores. Al fin de los tiempos también la creación será transfigurada (Cf. *Adversus Haereses* V, 36,1.3: «Una vez pasada la apariencia, renovado el hombre y ya maduro para la incorrupción, de modo que ya no pueda envejecer, “habrá un nuevo cielo y una nueva tierra” (Is 65,17), en la cual el hombre se mantendrá nuevo, siempre relacionándose con Dios de modo nuevo. Y, como todas estas cosas continuarán sin fin, Isaías escribió: “Así como este cielo nuevo y esta tierra nueva que hago permanecen en mi presencia —dice el Señor—, así permanecerán ante mí vuestra raza y vuestro nombre” (Is 66,22)».

⁴⁶ Cf. *Adversus Haereses* IV, 9,1.

humana. Y en segundo lugar, porque el Verbo no sólo se encarna sino que «asemejándose al hombre», *asimila al hombre a sí*, «restituyendo en toda su firmeza la semejanza»⁴⁷. Es decir, se produce aquí una especie de doble inclusión por la cual, al asumir el Verbo nuestra carne, en realidad es la fragilidad de nuestra propia naturaleza la que es asumida por él y hecha partícipe de su consistencia, su fuerza y su valor, poniéndonos en camino hacia la semejanza plena.

Y se trata al mismo tiempo de un proceso de *inclusión* de todas las cosas en él, que las unifica y finaliza hacia su consumación. «Recapitular equivale a resumir todas las cosas en Cristo desde un principio. Dios rehace su primitivo plan de salvar a la humanidad. Plan desbaratado (al parecer) por la caída de Adán; Dios vuelve a tomar toda su obra desde el principio para restaurarla, repararla, reorganizarla en su Hijo encarnado, a quien de esta manera convierte en un segundo Adán». Desde esta perspectiva la recapitulación adquiere el sentido de «volver a comenzar todo desde el principio para llevar a su perfección el designio de Dios; para rehacer lo estropeado por Adán»⁴⁸.

Ireneo ve la *Encarnación* como un *proceso dinámico, progresivo*, porque así es la condición humana, no tanto una naturaleza estática, cuanto *histórica*. De ahí que «encarnarse» no sea sólo tomar una naturaleza corporal, sino «*asumir lo humano en todas sus múltiples posibilidades*», lo cual exige unas coordenadas espacio-temporales, históricas. De hecho, Dios ha creado al hombre imperfecto, necesitado de la historia para disponerse a la transformación que debe realizar el Espíritu en él. De ahí que Ireneo entienda la «obra de Cristo» como la *recapitulación de la criatura y de su historia*, y en ese sentido podríamos decir que es comprendida la acción de *Cristo reparador*.

⁴⁷ «Entonces, empero, se dio a conocer este Verbo, cuando el Verbo de Dios se hizo hombre, asemejándose (*assimilans*) al hombre, y (asemejando) el hombre a Sí, a fin de que, mediante la semejanza que tiene con el Hijo, se haga el hombre precioso (estimable) al Padre [...] Mas cuando el Verbo de Dios se hizo carne, ambas cosas las confirmó: *manifestó en su verdad la imagen*, hecho Él (personalmente) esto (= carne) que era su imagen; y *restituyó en (toda su) firmeza la semejanza*, haciendo el hombre semejante al Padre Invisible mediante el Verbo visible» (*Adversus Haereses* V, 16,2).

⁴⁸ M. RIBER, *Salvación hoy. El misterio de nuestra reparación: aproximación teológica*, Paulinas, Madrid 1966, 219, 220; Cf. J. I. GONZÁLEZ FAUS, *Carne de Dios, significado salvador de la Encarnación en la teología de san Ireneo*, Herder, Barcelona 1969, 165, 167, 171.

Desde aquí ha de entenderse *la relación encarnación-redención/reparación*: El aspecto «reparador» entraría en el plan salvífico de Dios como un momento segundo, en cuanto que necesario a causa de la existencia del pecado, para que se cumpla un objetivo fundamental, que inicialmente hubiera sido alcanzable por la sola encarnación. No obstante, por una parte —tal como hemos intentado mostrar—, la sola encarnación ya posee una cierta dimensión reparadora-renovadora de la fragilidad de la naturaleza; y por otra, *la concepción dinámica de la encarnación de Ireneo señala la Cruz como el momento en el que la Encarnación culmina su proceso de adentramiento hasta lo más hondo de lo humano*⁴⁹. Por tanto, más bien habría que entender la *recapitulación* como una «acción progresiva» paralela al «*hacerse hombre*», donde la *reparación* puede ser pensada como una dimensión de este proceso recapitulador, tal vez más que una «parte» de dicho proceso. La Encarnación no realiza por sí misma la redención, por eso la recapitulación se da realmente en la Cruz y Resurrección, siendo su condición de posibilidad o su principio y fundamento la encarnación.

Apoyándonos en esta comprensión de Ireneo, podríamos «tratar de diseñar», la noción de «reparación» en una triple vinculación:

b.1) *Reparación-encarnación*

En tanto que la humanidad de Cristo realiza un *proceso de perfeccionamiento y maduración* que concluye en la Resurrección, podría hablarse de un *proceso de «reparación» como perfeccionamiento y maduración de la naturaleza humana en Cristo, que la encamina así hacia su consumación*.

«... el Verbo de Dios se hizo la misma criatura que debía recapitular en sí, y por eso se confiesa Hijo del Hombre, y declara bienaventurados a los humildes, porque heredarán la tierra (Mt 5,5). Y el Apóstol Pablo dice en su carta a los Gálatas: “Envió Dios a su Hijo, nacido de mujer” (Gál 4,4), y de nuevo a los Romanos dice: “Acercas del Hijo, el que nació del semen de David según la carne, que fue predestinado por Dios según el Espíritu de santificación por la resurrección de entre los muertos, Jesucristo nuestro Señor” (Rom 1,3-4)» (*Adversus Haereses* III, 21,1).

«Manifiestamente, pues, el Señor vino a lo que era suyo, y llevó sobre sí la propia creación que sobre sí lo lleva, y recapituló por la obediencia

⁴⁹ W. KASPER, *Jesús, el Cristo*, 242-243.

en el árbol (de la cruz) la desobediencia en el árbol» (*Adversus Haereses* V, 19,1).

Un *transcurso* que de hecho ha atravesado por el *sufrimiento y la Cruz*. Por tanto, podríamos decir que *el mismo proceso encarnatorio lleva consigo un elemento reparador* —liberador de la culpa, del mal, del pecado—, por el que Cristo lleva a la perfección la naturaleza humana que él mismo ha asumido, a partir del paralelismo tipológico Adán-Cristo⁵⁰. La *reparación* de la imagen dañada en Adán, nos abre a la *participación en la proto-imagen*, Cristo, a través de la reconciliación lograda en la Cruz, y nos conduce a la semejanza para la que habíamos sido destinados⁵¹. En este sentido podríamos hablar de una recta comprensión de la idea de «reparación» *desde la teología de la imagen*.

«Porque *disolviendo* la desobediencia del hombre que tuvo lugar al principio en el árbol, “se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz” (Fil 2,8), *curando* por la obediencia en el árbol la desobediencia en el árbol. (...) De la manera más evidente nos mostró al mismo Dios al que habíamos desobedecido en el primer Adán no cumpliendo su mandato, al ser *reconciliados* por el segundo Adán haciéndose obediente hasta la muerte» (*Adversus Haereses* V, 16,3).

⁵⁰ *Adversus Haereses* III, 23,1. «Fue, pues, necesario que el Señor viniese a la oveja perdida para con tan grande Economía realizar la recapitulación, y para volver a buscar la obra que él mismo había plasmado; para salvar al mismo hombre hecho “a su imagen y semejanza” (Gén 1,26), es decir, al viejo Adán...». *Adversus Haereses* III, 22,3: «De ahí que en Pablo Adán se llame “tipo del que ha de venir” (Rom 5,14), porque el Verbo Hacedor había *pre-tipificado* para sí mismo la futura Economía acerca del Hijo de Dios hecho hombre, al planear al primer hombre psíquico, para mostrar que será salvado por el espiritual (1Cor 15,46); porque preexistiendo el Salvador, convenía que existiesen los salvados, para que el Salvador no fuese estéril».

⁵¹ La mano de Dios «desde el principio hasta el fin nos modela y adapta a la vida, y está presente a su creación para perfeccionarla según la imagen y semejanza de Dios. Que todo esto sea verdadero quedó probado cuando el Verbo de Dios se hizo hombre, haciéndose él mismo semejante al hombre y haciendo al hombre semejante a él a fin de que, por esa semejanza con el Hijo, el hombre se haga precioso para el Padre. En los tiempos antiguos, en efecto, se decía que el hombre había sido hecho según la imagen de Dios; pero no se mostraba, pues aún era invisible el Verbo, a cuya imagen el hombre había sido hecho. Por tal motivo éste fácilmente perdió la semejanza. Más cuando el Verbo de Dios se hizo carne (Jn 1,14), confirmó ambas cosas: mostró la imagen verdadera, haciéndose él mismo lo que era su imagen, y nos devolvió la semejanza y le dio firmeza, para hacer al hombre semejante al Padre invisible por medio del Verbo visible» (*Adversus Haereses* III 16,1-2).

Ireneo percibe el episodio de la desobediencia de Adán y Eva en términos de un camino perdido: «Fue, pues, necesario que el Señor viniese a la oveja perdida para con tan grande Economía realizar la *recapitulación*, y para volver a buscar la obra que él mismo había plasmado; para salvar al mismo hombre hecho “a su imagen y semejanza” (Gén 1,26)»⁵². Consecuentemente, la salvación no consiste en una vuelta a los orígenes sino en un reencuentro del camino y un volver a caminar por él hacia el futuro, de un modo mejor que antes, que es lo que Jesús realizó a modo de una «repetición» consumadora, en el plano superior de su novedad radical, y como posibilidad para nosotros (Cf. Jn 14,6, Ef 4,13)⁵³. Su obediencia, manifestada en grado máximo en la cruz, recapitula la desobediencia humana y la transforma, en un proceso regenerador de la humanidad y rehaciendo el plan original de la salvación de la creación⁵⁴. En este sentido se puede entender la reparación como recapitulación⁵⁵.

b.2) Reparación en el camino de la recapitulación

El ámbito de la recapitulación para Ireneo se concentra fundamentalmente a la unión entre Dios y el «hombre»⁵⁶.

⁵² *Adversus Haereses* III, 23,1.

⁵³ Véase el desarrollo pormenorizado de esta idea a lo largo de la tradición en EILEEN FITZGERALD, *Camino a la plenitud. Para una teología de la reparación a la luz de la teología de la imagen*, Tesis doctoral defendida en la FAJE —Faculdade Jesuítica de Filosofia e Teologia—, Belo Horizonte, Brasil 2009.

⁵⁴ Ireneo *prolonga esta tipología* en la comparación del árbol del paraíso, símbolo de la desobediencia por la que la imagen del ser humano fue dañada por el pecado, y el árbol de la Cruz, símbolo de la obediencia del segundo Adán que *repara* la primera caída.

⁵⁵ Cf. J. I. GONZÁLEZ FAUS, *Proyecto de hermano*, 114, 363; Íd., *Carne de Dios*, 170-174, 185-186.

⁵⁶ No da demasiado relieve ni a las divisiones dentro de la humanidad, ni el nivel eclesial de unión salvo en breves alusiones no muy desarrolladas. «Por eso se dio a la raza humana cuatro Testamentos: el primero en el tiempo de Adán, antes del diluvio; el segundo en el tiempo de Noé, después del diluvio; el tercero fue la legislación en el tiempo de Moisés; y el cuarto, que *renueva al hombre y recapitula en sí todas las cosas*, por medio del Evangelio, dando al hombre alas para elevarse al reino de los cielos»: *Adversus Haereses* III, 11,8; «Cuando se hizo hombre *recapituló en sí mismo toda la historia* de los seres humanos y asumiéndonos en sí nos concede la salvación; de manera que, cuanto habíamos perdido en Adán (es decir el haber sido hechos “a imagen y semejanza de Dios” [Gén 1,26]), lo volviésemos a recibir en Jesucristo»: *Adversus Haereses* III, 18,1; «Por eso Lucas en el origen de nuestro Señor muestra que desde Adán su ge-

Sin embargo, aun cuando Ireneo haga una interpretación de *Ef 1,10b* puramente antropológica, no olvida la dimensión cósmica al exponer cómo el segundo Adán vivo desciende al pan y el vino, a los productos de la tierra para recapitular en sí no sólo al ser humano, sino también la naturaleza y el cosmos, la tierra con todo su realismo, de modo que la Eucaristía se convierte en la cumbre de su argumentación antignóstica⁵⁷. Pero lo que Ireneo nos ofrece, con gran claridad, es una profundización de la visión de Efesios, centrada en *la Pascua de Cristo*, subrayando la encarnación como fundamento de la *redención-reparación-reconciliación y de la universalidad de su efecto*.

Cristo es para Ireneo en este texto no el instrumento a partir del cual Dios recapitula todo, sino el sujeto que obra el designio recapitulador de Dios. Y este designio es el de llevar a la unidad lo que estaba desunido, restaurar lo que estaba deformado, y en este sentido *el movimiento recapitulador de Cristo tiene una dimensión claramente «reparadora» en su doble acepción restauradora-renovadora*.

«Por eso se dio a la raza humana cuatro Testamentos: el primero en tiempo de Adán, antes del diluvio; el segundo después del diluvio en tiempos de Noé; el tercero, que es el don de la Ley, en el tiempo de Moisés; y el cuarto, que *renueva al hombre y recapitula en sí todas las cosas*⁵⁸, por medio del evangelio, dando al hombre alas⁵⁹ para elevarse al reino de los cielos» (*Adversus Haereses* III, 11,8).

Por tanto, *Cristo aparece como el que recapitula los dos mundos* (humano y divino), a todos los seres humanos caídos en el pecado (*reparación-renovación*) y a toda la creación. Cristo ofrece un espacio en sí mismo a todo lo que empieza, a todo lo deficiente, a todo lo frágil, para darle su propia plenitud al asumirlo en sí. «El toma en sí al hombre caído por tie-

neología tuvo 72 generaciones (Lc 3,23-38), para ligar el término con el inicio, y para significar que él es el que recapitula en sí mismo como Adán, todas las gentes dispersas desde Adán y todas las lenguas y generaciones de los hombres. De ahí que en Pablo Adán se llame “tipo del que ha de venir” (Rom 5,14)»: *Adversus Haereses* III, 22,3.

⁵⁷ Cf. H. U. VON BALTHASAR, *Gloria. Estilos eclesiásticos* 2, Madrid 1986, 55.

⁵⁸ ἀνακαινίζουσα τὸν ἄνθρωπον καὶ ἀνακεφαλαιοῦσα τὰ πάντα.

⁵⁹ Se refiere aquí al don del espíritu figurado por un águila que vuela. Gracias al espíritu, para Ireneo los hombres son capaces de emprender el vuelo hacia el reino (V, 9,1) Es decir, basándose en la escritura, Ireneo habla del espíritu como mediador de este proceso de renovación-reparación en el ser humano que lo va impulsando hacia el fin de plenitud que es el Reino de Dios consumado. Cf. *Irénee de Lyon. Contre les hérésies*, Livre III (*), Sources Chrétiennes (SC 210), 287.

rra, pues reparando en sí al ser humano entero, asume incluso su muerte»⁶⁰. En este sentido la «reparación» podría ser comprendida como *la dimensión redentora de la recapitulación*, que conjuga en sí, la idea de una restauración renovadora del ser humano, que tiene lugar a través del paso del viejo Adán a la novedad de Cristo, nuevo Adán. Esta renovación *libera* además al ser humano de las consecuencias de su desobediencia, y en ese sentido lo «recrea»⁶¹.

La liberación y renovación traídas por la obra recapituladora alcanzan su plenitud con la comunicación del Espíritu Santo, que fue inaugurada en la resurrección. Es el Espíritu quien prolonga la obra del Hijo, pues ambos habían plasmado el primer Adán⁶², pero éste se había quedado detenido en la infancia al perder con el pecado la semejanza con Dios, que es la fuerza dinámica de crecimiento dada por el Espíritu⁶³. El pecado aparece así como consecuencia de la ingratitud del ser humano hacia su creador y plasmador y se expresa como la resistencia y el rechazo al trabajo de las manos de Dios que constantemente intentan conformarlo⁶⁴.

⁶⁰ H. U. VON BALTHASAR, *Gloria. Estilos eclesiásticos 2*, Madrid 1986, 53.

⁶¹ SESBOUÉ, o.c., 162.

⁶² Como elemento central en su polémica contra las herejías de su época y a partir de una valorización positiva de la dignidad de la creación material, de modo particular del ser humano modelado por el Padre con sus «dos manos», a saber, el Hijo y el Espíritu Santo, y precisamente *según* el Hijo que se había de encarnar, Ireneo localizó tanto la imagen de Dios como la actuación de la salvación en la condición carnal del sujeto humano.

⁶³ Cf. *Adversus Haereses V*, 20,2: «Todas estas cosas ha recapitulado en sí, unificando al hombre y al espíritu, haciendo habitar al Espíritu en el hombre, haciéndose él mismo Cabeza del espíritu y dando su Espíritu al hombre como cabeza; por éste vemos, oímos y hablamos»; Cf. *Ibidem*, IV, 33,8.

⁶⁴ *Adversus Haereses IV*, 37,6 y *Adversus Haereses IV*, 39,2: «Es, pues, necesario que primero observes tu orden humano, para que en seguida participes de la gloria de Dios. Porque tú no hiciste a Dios, sino que él te hizo. Y si eres obra de Dios, contempla la mano de tu artífice, que hace todas las cosas en el tiempo oportuno, y de igual manera obrará oportunamente en cuanto a ti respecta. Pon en sus manos un corazón blando y moldeable, y conserva la imagen según la cual el Artista te plasmó; guarda en ti la humedad, no vaya a ser que, si te endureces, pierdas las huellas de sus dedos. Conservando tu forma subirás a lo perfecto; pues el arte de Dios esconde el lodo que hay en ti. Su mano plasmó tu ser, te reviste por dentro y por fuera con plata y oro puro (Ex 25,11), y tanto te adornará, que el Rey deseará tu belleza (Sal 45[44],12). Más si, endureciéndote, rechazas su arte y te muestras ingrato a aquel que te hizo un ser humano, al hacer-te ingrato a Dios pierdes al mismo tiempo el arte con que te hizo y la vida que te dio:

b.3) *Reparación como reconciliación*

Ireneo concibe la muerte de Jesús como el medio decisivo con el que son vencidas las potencias del mal. *Cristo nos ha rescatado «por su sangre»*⁶⁵. Pero la nota más acendrada la pondrá en el hecho de que esta victoria implica al mismo tiempo *una nueva situación que se establece entre Dios y el mundo*, puesto que Dios ha reconciliado el mundo consigo mismo. La *reconciliación* se realiza reparando la situación de esclavitud del ser humano, liberándolo de las potencias que lo esclavizaban. Pero lo más interesante para nosotros es su percepción de un *Dios que reconcilia y es reconciliado al mismo tiempo*. En este sentido podríamos hablar de un *Dios Reparador*, sujeto activo de la obra de la redención, y al mismo tiempo sujeto receptivo, puesto que es reconciliado. Es decir, puesto que la enemistad es conducida a su fin, puesto que la relación rota entre Dios y el hombre es restaurada, esto implica una deuda respecto a Dios, y en este sentido se afirma que Dios reconcilia, pero también supone el fin de la situación de ruptura en la relación con la humanidad, por tanto, es reconciliado al mismo tiempo⁶⁶.

Así afirma, por una parte, que *«Cristo, por su pasión, nos ha reconciliado con Dios»*⁶⁷, es decir, Dios es reconciliado por el sacrificio de Cristo. Pero, por otro lado, es Dios mismo quien realiza el sacrificio que nos trae la reconciliación. Esta alternancia entre el punto de vista activo y pasivo, tiene la intencionalidad de mostrar que lo que está sucediendo no tiene sólo sentido para el mundo, sino también para Dios. No obstante, la concepción dominante será la paulina: *«Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo»* (2Cor 5,19).

hacer es propio de la bondad de Dios, ser hecho es propio de la naturaleza humana. Y por este motivo, si le entregas lo que es tuyo, es decir tu fe y obediencia a él, entonces recibirás de él su arte, que te convertirá en obra perfecta de Dios».

⁶⁵ *Adversus Haereses* III, 16,9: (Pablo) «En otro pasaje subraya que Cristo sufrió, y que él mismo es el Hijo de Dios que por nosotros murió y nos redimió con su sangre, en el tiempo decidido (por el Padre)».

⁶⁶ G. AULEN, *Christus Victor*, Aubier, Paris 1949, 53. *Adversus Haereses* III, 16,9: «Estando nosotros aún sin fuerzas, murió por los impíos en el momento determinado... Dios muestra su amor por nosotros en el hecho que, cuando aún éramos pecadores, Cristo murió por nosotros. ¡Con mayor razón, ahora que estamos justificados en su sangre, seremos salvados por él de su cólera! Si, en efecto, cuando aún éramos enemigos, nos hemos reconciliado con Dios por la sangre de su Hijo, con mayor razón, ahora que estamos reconciliados, seremos salvados en su vida (Rom 5,6-10)».

⁶⁷ *Adversus Haereses* III, 16,9.

De estas dos afirmaciones se desprende una idea de la *reparación* que participa de este *doble sentido activo-receptivo pasivo* que le es propio a la redención, que sin poner en duda la procedencia esencialmente divina de la acción salvadora, contempla la respuesta humana, más como acción complementaria que contradictoria. Dios es el que, «en Cristo», repara, restaura, renueva, nos restituye a la situación de amistad perdida. Y, sin embargo, él mismo es reparado, al ser reparada la relación que nos vinculaba con él. La reparación es obrada por Dios para el hombre (*dimensión descendente*), pero al mismo tiempo es un acto realizado por Cristo en tanto que hombre ante Dios (*dimensión ascendente*). Las dos dimensiones se reclaman, la descendente tiene la primacía y la iniciativa, pero no olvida la ascendente.

c) REPARACIÓN E IDEA DE SACRIFICIO

Esta interpretación parece quedar confirmada si nos acercamos ahora a la comprensión ireneana del sacrificio. San Ireneo habla sobre el sacrificio en un sentido profundamente bíblico, afirmando sin ambages que *Dios no tiene ninguna necesidad de nuestros sacrificios, sino que somos más bien nosotros los que sí tenemos la necesidad de ofrecerlos*. Ireneo mantiene este mismo discurso cuando habla de la creación, del seguimiento, del servicio a Dios, etc.⁶⁸ Por lo cual, parece lógico que pueda ser aplicado igualmente a las *ideas de reparación, expiación y propiciación*.

Dios no precisa que le demos cosas para compensar nuestro pecado pues su perdón es gratuito e incondicional, y su justicia no es ni vindi-

⁶⁸ *Adversus Haereses* IV, 14,1: «Así pues, cuando al principio Dios plasmó a Adán, no lo hizo por necesidad, sino para tener a alguien que fuese objeto de sus beneficios» [...] «Ni nos mandó seguirlo porque necesitase de nuestro servicio, sino para procurarnos a nosotros mismos la salvación. Porque seguir al Salvador es lo mismo que participar de la salvación, así como seguir la luz es recibirla» [...] «De modo semejante, quien sirve al Señor nada le añade, ni a Dios le hace falta el servicio humano. Sino que El concede la vida, la incorrupción y la vida eterna a quienes le siguen y le sirven, de modo que convierte el servicio que ellos le prestan en servicio para ellos mismos; así como a quienes le siguen les da sus beneficios más que recibirlos de ellos» [...] «Por ello también el Señor pide a los seres humanos que le sirvan; pues, como él es bueno y lleno de misericordia, quiere derramar sus beneficios sobre quienes perseveran en su servicio. Dios por su parte nada necesita; en cambio al hombre le hace falta la comunión con Dios. Y es una gloria del ser humano perseverar y mantenerse en el servicio de Dios».

cativa ni puramente conmutativa. Sin embargo, *brindar gratuitamente algún tipo de indemnización es una expresión concreta que muestra un corazón agradecido*, deseoso de conversión, que quisiera ahora rechazar con todas sus fuerzas el pecado, que anhela retornar a la relación rota de amor y que siente la necesidad y el deseo de reparar el daño que ha causado y de hacer «algo» para reconciliarse con Dios y con sus prójimos⁶⁹.

Todos los sacrificios del AT son interpretados por Ireneo como dones que Dios hace a su pueblo, y como una forma de educarlos, de prepararlos y de acostumarlos a «*ser depositarios de su Espíritu y partícipes de la comunión con Dios*».

«De esta manera dio al pueblo las leyes para fabricar la tienda y el templo, para elegir a los levitas, y para establecer el servicio de los sacrificios, oblaciones y ritos de purificación. *No porque necesitase algo de esto... educaba a un pueblo inclinado a retornar a los ídolos, poniéndoles en la mano muchas herramientas para perseverar en el servicio divino*» (*Adversus Haereses IV, 14,3*).

Se trata de una de esas «muchas maneras [con las que Dios] preparó al género humano a fin de que la salvación le viniese como una sinfonía»⁷⁰ y que encontrará su culmen en el camino del Hijo —que también

⁶⁹ Cf. B. SESBOÜÉ, *Jesucristo único Mediador*, I, 271, 325, 327.

⁷⁰ Ireneo concibe toda la Economía como una gran sinfonía. Hay diversas etapas históricas en la manera como el único plan de salvación se desarrolla (como son diversas las notas que componen una única melodía), pero todas ellas cantan la misma gloria del Padre. Se inspira en el texto de la Biblia que está citando: en Lc 15,25 leemos que el hijo mayor, al regresar del campo, advirtió que su hermano menor había regresado a la casa paterna, cuando «oyó la sinfonía». En *Adversus Haereses II, 25,2* ha usado una imagen semejante para refutar a los gnósticos, los cuales, por las distintas obras, deducen a diversos creadores: la pluralidad de las obras es como la de las notas que construyen una sola melodía. *Adversus Haereses IV, 14,2*. «*Desde el principio Dios plasmó al ser humano para ser vaso de sus dones; eligió a los patriarcas para su salvación; formó el pueblo antiguo para enseñar a esa gente indócil a seguir a Dios; instruyó a los profetas para acostumar a los seres humanos sobre la tierra a ser depositarios de su Espíritu y a participar de la comunión con Dios. No necesitando él nada, concedió a los necesitados la comunión con El. Como un arquitecto proyectaba la construcción de la obra salvadora en favor de aquellos que hacían su beneplácito, guiándolos en Egipto sin que ellos lo advirtieran. Cuando andaban errando en el desierto, les dio la más adecuada de las leyes; a los que entraron en la tierra buena les concedió una digna heredad; para quienes se convertían al Padre mataba el novillo cebado y los hacía vestir con la mejor de las túnicas (Lc 15,22-23). De muchas maneras preparó al género humano a fin de que la salvación le viniese como una sinfonía. Por*

pasa por el sacrificio—, para que en él podamos ir también acostumbrándonos y creciendo en cercanía con Dios⁷¹.

La «reparación», comprendida ahora en su dimensión ascendente (aun cuando parte de una iniciativa descendente), aparece como una «*posibilidad*», como una oportunidad, mucho más que como una exigencia impuesta. Una posibilidad que *colma una necesidad antropológica*; la que le surge a quien quiere reordenar su existencia y sus relaciones en un nuevo sentido, alejándose de lo viejo, una necesidad a la que es preciso dar respuesta para que la reparación de la situación anterior sea realmente recreadora en el sujeto.

Dios no tiene necesidad ni de nuestra expiación, ni de nuestra reparación. En un sentido profundamente bíblico, está claro que es a la criatura a quien le brota esta «*necesidad*» como resultado normal de una relación de amor en la que quiere permanecer. La «*expiación/reparación*» no es el precio que tenemos que pagar para ser perdonados o reconciliados, sino la «*posibilidad*» que Dios nos oferta de responder al amor reconciliador que nos ofrece, y de corresponder a su amor gratuito, para que la gracia del perdón sea efectivamente posible para nosotros, aquí y ahora.

Ireneo deja claro —remitiendo al Sal 50, 9-13— cómo Dios repudia todo intento de manipulación que trata de hacerlo propicio, aún estando lejos de su amor y de su justicia, pero «exhorta y amonesta para que ofrezcan aquello que justifica al ser humano y lo acerca a Dios». Si rechazó los sacrificios fue por la ceguera de quienes los practicaban, y en cambio «impulsó el sacrificio verdadero, ofreciendo el cual podían tener a Dios propicio a fin de que El les diese la vida: el sacrificio agradable a Dios es un corazón contrito»⁷². «Dios no les exigía sacrificios y holocaustos, sino la fe, la obediencia y la justicia para su salvación»⁷³.

Así, el sacrificio de reparación se entiende como orientado hacia Dios y ordenado hacia la restauración de la relación con él, hacia la reconciliación; como expresión de nuestra voluntad de desarraigo doloroso de

eso Juan dice en el Apocalipsis: «Su voz como el sonido de muchas aguas» (Ap 1,15). Pues en realidad son muchas las aguas del Espíritu de Dios, porque el Padre es rico y grande. El Verbo pasó por todas ellas, prestando generosamente su auxilio a quienes se le sometían, escribiendo una ley conveniente para cada criatura.

⁷¹ M. NAMIKAWA, *La paciencia del crecimiento y la maduración: del hombre recién nacido al hombre perfecto de Ireneo de Lyon*: Estudios Eclesiásticos 83 (2008) 66.

⁷² *Adversus Haereses IV*, 17,2.

⁷³ *Adversus Haereses IV*, 17,4.

todo lo que de pecado hay en el ser humano, y en ese sentido como voluntad de reparación. Sólo así la «reparación-expiación» puede convertirse en «participación en la expiación amorosa de Cristo para la salvación del mundo».

Ireneo nos ofrece un bellissimo texto, en el que *el sacrificio* que puede hacer el ser humano, en realidad es leído como *parte integrante del seguimiento, de la conformación con Cristo*, de ese «aprender a tomar la Cruz» y a «caminar en fe», que encuentra en Abraham el modelo y predecesor:

«... también nosotros, acogiendo la misma fe que tuvo Abraham, y *portando la cruz como Isaac la leña*, lo hemos seguido, pues en Abraham el hombre había aprendido y se había acostumbrado a seguir al Verbo de Dios. Abraham había seguido según su fe el precepto del Verbo de Dios, con ánimo dispuesto a entregar a su hijo, el amado, en sacrificio a Dios: para que así Dios se complaciese en entregar a favor de toda su descendencia, *para ser sacrificio de redención*, a su Hijo Unigénito y amado» (*Adversus Haereses* AH III, 5,4).

Esa es nuestra parte en el sacrificio. Portar la Cruz, como Isaac la leña de un sacrificio de reparación y redención, que en último término sólo en Dios puede tener su fuente⁷⁴.

Para Ireneo, la oblación del NT es la *Eucaristía*. En este sentido *la Iglesia sigue ofreciendo sacrificios*, pero el carácter de la ofrenda ha cambiado, porque antes lo ofrecían siervos y ahora nuestra libertad ha sido res-

⁷⁴ Para Ireneo es claro que la obra de la salvación es una acción enteramente divina. Dios tiene la iniciativa, es su amor y su misericordia las que están en la raíz de la salvación, pero además es el poder activo del amor divino el que la hace posible, abajándose y penetrando en el mundo del pecado y de la muerte. El ágape divino es la sola causa y la sola potencia actuante. La salvación no es debida a prestación ninguna, ni cualificación del hombre, ni tan siquiera cabe considerar para Ireneo que Cristo en cuanto hombre hace «una prestación» en nombre de la humanidad. *Todo es gracia*: «El hombre sometido a la cautividad quedó libre por la misericordia de Dios Padre, del poder de aquellos que lo habían sometido, que se compadeció de su criatura y le concedió de nuevo la salud por medio de su Verbo. Así lo reparó (*hoc est per Christum redintegrans*), a fin de que el hombre aprenda por experiencia propia que no recibe la inmortalidad por sí mismo, sino por regalo de Dios» (*Adversus Haereses* V, 21,3). Parece que el término *redintegratio* en este contexto no dice tanto relación hacia el eschaton, sino que habría que entenderlo desde la parábola del buen samaritano, la reintegración del malherido a la situación de integridad perdida, al restablecimiento de la salud y curación de las heridas. Cf. A. ORBE, *Teología de San Ireneo II*, BAC MAIOR 29, Madrid 1987, 424. De ahí que pueda ser traducido por «reparado». Esta opción de traducción es la tomada por C. I. GONZÁLEZ, *San Ireneo de Lyon. Contra los Herejes*, CEM, México 2000.

taurada por la Cruz de Cristo; antes ofrecían las primicias, y ahora, quien ha recibido la libertad, «*consagra todo lo que tiene al servicio del Señor*»⁷⁵. En la Eucaristía los cristianos ofrecemos «*para dar gracias por su don y santificar las criaturas*». Así como a Dios no le hace falta lo nuestro, así a nosotros sí nos hace falta ofrecer algo a Dios... que recibe nuestras buenas obras a fin de darnos en retorno sus propios bienes. Por eso quiere que las hagamos en favor de nosotros mismos. Y termina Ireneo diciendo:

«... porque hay un altar en los cielos, al que todas nuestras obla-
ciones se dirigen: y un templo, como Juan dice en el Apocalipsis: “se
abrió el templo de Dios” (Ap 11,19) y sobre el santuario: “apareció el
santuario de Dios, en el que habitará junto con los hombres” (Ap 21,3)»
(*Adversus Haereses* IV, 18,6).

d) MARÍA REPARADORA

La figura de María es objeto del interés de Ireneo en vistas a mostrar su lugar privilegiado en la Economía de la salvación, siempre en dependencia con el proyecto salvífico de Dios. Ella está al servicio, primeramente de la real y verdadera encarnación del Hijo y en segundo lugar de su obra salvífica para con la humanidad⁷⁶, inspirando desde este rol a quienes más tarde la han contemplado como figura de la Iglesia⁷⁷.

⁷⁵ *Adversus Haereses* IV, 18,2.

⁷⁶ También su virginidad está al servicio de la salvación del hombre en primer lugar cual *signo de la recapitulación en Cristo*: así como el primer Adán nació de «tierra no trabajada y aún virgen», y desobedeciendo se hizo cabeza de la humanidad destinada a la muerte, de modo semejante, «*para recapitular a Adán en sí mismo*, el mismo Verbo existente recibió justamente de María, la que aún era Virgen, *el origen de lo que había de recapitular en Adán*» (*Adversus Haereses* III, 21,10); y en segundo lugar como *signo de la divinidad de Cristo*, sin la cual ni su cuerpo —ni los nuestros— hubieran podido resucitar. Lo mismo habría que decir del papel de la maternidad de María respecto a la resurrección de Jesús y la de todo el género humano, pues sin ese haber donado una «verdadera carne» al Verbo, no habría en Jesús un cuerpo real que pudiese morir y resucitar.

⁷⁷ Cf. *Adversus Haereses* III, 10,2: «Y del Señor dijo: “El será grande, y llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David su Padre y reinará en la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin” (Lc 1,32-33). ¿Quién otro reina sin fin y para siempre en la casa de Jacob, sino Jesucristo Nuestro Señor, el Hijo de Dios Altísimo que prometió por la Ley y los profetas que haría visible ante toda carne a su Salvador (Is 40,5; Lc 3,6) haciéndose Hijo del Hombre a fin de que el hombre se hiciera hijo de Dios (Jn 1,12)?».

San Ireneo recoge de San Justino la figura de Eva-María, pero la lleva mucho más allá en su desarrollo teológico. Esta tipología encuentra su enclave en el concepto de *salvación mediante la recapitulación realizada por Cristo*, allí donde hemos situado el espacio propio de la idea de «reparación en Ireneo». De ahí que no parezca extraño que María adquiera en este contexto el papel de Reparadora.

«Si la desobediencia del primer Adán fue reparada por la obediencia del segundo Adán, en correspondencia encontramos también obediente a María la Virgen, cuando dice: “*He aquí tu sierva, Señor: hágase en mí según tu palabra*” (Lc 1,38); a Eva, en cambio, indócil, pues desobedeció [...] y habiendo desobedecido, se hizo *causa de muerte para sí y para toda la humanidad*; así también María, teniendo a un varón como marido pero siendo virgen como aquélla, habiendo obedecido se hizo *causa de salvación para sí misma y para toda la humanidad* (Heb 5,9)»⁷⁸.

Para Ireneo sólo Cristo es el reparador del género humano por su obediencia al Padre⁷⁹. Pero a través del binomio María-Eva comprende que como la desobediencia de Eva —que escuchó a la serpiente— hizo posible el pecado de Adán, así la obediencia de María a la palabra del mensajero divino hizo posible la obediencia del Hijo hecho hombre al recibirlo en su seno y darle todo lo que él es humanamente. Más aún, Ireneo profundiza en *la total aceptación de María a la misión* que el Señor le encomendaba en la Anunciación, hasta el punto de admitir que, así como hay una «*recirculación*» de Cristo a Adán, así la hay de María a Eva. La obediencia de María es (por así decirlo) la condición de posibilidad humana para que su Hijo recapitule en sí a la humanidad; ya que, por el proceso de la recirculación, «*siguiendo el modo inverso de la atadura, se han de desatar los primeros nudos, luego los segundos, los cuales a su vez desatarán los primeros*»⁸⁰.

«Significando *la recirculación que hay de María a Eva*, porque no se desataría de otro modo lo que está atado, sino siguiendo el modo inverso de la atadura, de modo que primero se desaten los primeros nudos, luego los segundos, los cuales a su vez liberan los primeros. Así el pri-

⁷⁸ *Adversus Haereses* III, 22,4.

⁷⁹ Para Ireneo en la primera promesa de salvación (Gén 3,15), es la descendencia de la mujer, esto es Cristo, quien aplasta la cabeza de la serpiente (Cf. *Adversus Haereses* III, 23,7; IV, 40,3; V, 19,1; 21,1).

⁸⁰ *Adversus Haereses* III, 22,4.

mer nudo es desatado después del segundo, y así el segundo desata el primero... Así también el nudo de la desobediencia de Eva se desató por la obediencia de María; pues *lo que la virgen Eva ató por su incredulidad, la Virgen María lo desató por su fe*⁸¹ (*Adversus Haereses* III, 22,4).

De ahí que se encuentren en Ireneo los primeros signos de una teología sobre la asociación de María a la obra redentora de su Hijo, aunque siempre y claramente, *de modo subordinado y en forma de servicio*, y entendida en clave de «reparación»; de manera que, así como ambos, hombre y mujer, habían colaborado al inicio en el pecado, así también estuvieron uno al lado del otro en su *reparación*⁸². Pero sobre todo —y más allá del modo como el origen del pecado es «sutilmente trasladado» a «la mujer» (Eva)⁸³, de lo que se deduce la necesaria implicación de la «mujer» (María) en la disolución de la desobediencia que desencadenó dicho pecado—, es preciso recordar que tanto Eva como María son *figura* de la entera humanidad y que, de fondo, lo que está poniendo Ireneo en evidencia es esa «necesaria participación» de la humanidad en el proceso de recapitulación-salvación que sólo Cristo puede realizar, pero en el que se nos da como don, la «*posibilidad de colaborar*».

Para Ireneo, Eva es el *tipo*, la prefiguración de María, como Adán lo es de Cristo (Cf. Rm 5,14), pero lo es de modo funcional, no ontológico.

⁸¹ Texto que será posteriormente muy citado y que será recogido en el Vaticano II, en la Constitución dogmática *Lumen Gentium*, §56. La cursiva es nuestra.

⁸² «Manifiestamente, pues, el Señor vino a lo que era suyo, y llevó sobre sí la propia creación que sobre sí lo lleva, y recapituló por la obediencia en el árbol (de la cruz) la desobediencia en el árbol; fue disuelta la seducción por la cual había sido mal seducida la virgen Eva destinada a su marido, por la verdad en la cual fue bien evangelizada por el ángel la Virgen María ya desposada: así como aquella fue seducida por la palabra del ángel para que huyese de Dios prevaricando de su palabra, así ésta por la palabra del ángel fue evangelizada para que portase a Dios por la obediencia a su palabra, a fin de que la Virgen María fuese abogada de la virgen Eva; y para que, así como el género humano había sido atado a la muerte por una virgen, así también fuese desatado de ella por la Virgen, y que la desobediencia de una virgen fuese compensada por la obediencia de otra virgen; si pues el pecado de la primera creatura fue enmendado por el recto proceder del Primogénito, y si la sagacidad de la serpiente fue vencida por la simplicidad de la paloma (Mt 10,16), entonces están desatados los lazos por los que estábamos ligados a la muerte» (*Adversus Haereses* V, 19,1). Cf. *Adversus Haereses* V, 21,1.

⁸³ Es recomendable hacer el esfuerzo de no quedar bloqueados en el tema de la inculpación del pecado al género femenino, lugar común por otra parte en la historia de una teología escrita por varones, en orden a descubrir otros elementos más inclusivos en el discurso del obispo de Lyon.

Eva y María son ambas, esposas y vírgenes. Ambas intervienen por actos libres en el drama de la humanidad. Pero estos parangones, «no significan una armonía y una simetría puramente estéticas, sino la relación teológica singular entre la promesa y el cumplimiento, que es a la vez relación entre caída y reparación»⁸⁴. Lo que está en juego es *la participación en la economía salvífica*, pero no la de los varones o de las mujeres, sino la de la humanidad.

«Hacía falta que *Adán fuese recapitulado en Cristo* con el fin de que lo que es mortal fuese absorbido y engullido por la inmortalidad y que *Eva [fuese recapitulada en] María*, con el fin de que una virgen, convirtiéndose en la *abogada* de una virgen, destruyese y aboliese la desobediencia de una virgen mediante la obediencia de una virgen»⁸⁵.

El doble paralelismo —*que Adán fuese recapitulado en Cristo / que Eva [fuese recapitulada en] María*— hace alusión a la visión paulina sobre la muerte en Adán y a la resurrección en Cristo⁸⁶. Si el Adán mortal fue absorbido por la inmortalidad de Cristo resucitado y *de esta manera recapitulado*, y si Eva está en una situación paralela respecto de María, entonces, antes de caer en la tentación de afirmar que «*María es causa de salvación para Eva*» (mujer)⁸⁷, habrá que afirmar que el papel reparador de María «engullendo y absorbiendo la muerte de Eva en su propia inmortalidad de resucitada» nos abre, más bien, al sentido de lo que más tarde

⁸⁴ H. U. VON BALTHASAR, *Gloria. Estilos eclesiásticos 2*, Madrid 1986, 52.

⁸⁵ *Démonstration de la Prédication Apostolique*, ed. de L. M. Froidevaux, SC 62, Cerf, París 1971, §33. En el contexto de la teología de los Padres del siglo segundo, Orbe propone una interpretación del texto de Ireneo que lo hace más inteligible y sugerente, mostrando cómo la antítesis Eva-María es, a los ojos de Ireneo, más profunda y más «existencial» de lo que se había pensado. Satán proponía a la primera Eva, bajo la imagen del fruto prohibido, una actividad sexual que se anticipaba al momento previsto por Dios y, en consecuencia, una maternidad de muerte. De ahí la insistencia con la que Ireneo destaca en el texto citado que Eva era todavía virgen y no tenía (todavía) el conocimiento de la procreación. El arcángel Gabriel, por el contrario, propone a María, en nombre de Dios, una maternidad de vida sin detrimento de su virginidad. Cf. A. ORBE, *Antropología de S. Ireneo*, BAC, Madrid 1969, 247-251.

⁸⁶ 1Co 15,22: «Todos mueren en Adán, todos recibirán la vida en Cristo»; 1Co 15,54: «Cuando este ser mortal haya sido revestido de inmortalidad».

⁸⁷ Cf. SCHMAUS, *Dogmática 3*, 446. De lo que rápidamente se sacan conclusiones absolutamente erróneas, tales como presentar a Cristo como el redentor de los varones y a María de las mujeres; a Cristo como paradigma de los varones y a María de las mujeres.

hemos denominado la *Asunción de María*, y de su significado para *Eva*, es decir, para la totalidad del género humano. El texto de Ireneo, no admite en este sentido interpretaciones: «así también María, [...] habiendo obedecido se hizo *causa de salvación para sí misma y para toda la humanidad* (Heb 5, 9)»⁸⁸. Pero además, si la recapitulación de Adán por Cristo implica la resurrección gloriosa de este último, en la reparación de Eva por María, tal como la presenta Ireneo, es posible percibir la resurrección privilegiada y anticipada de María⁸⁹ que prefigura el fin al que toda la humanidad está destinada. En este sentido la mirada dirigida a María como «reparadora» dice también relación con la plenitud que nos aguarda, en tanto que ella prefigura la condición del ser humano consumado.

En conclusión, podríamos decir que María desarrolla un doble e importante papel «reparador» en colaboración con el movimiento recapitulador de Cristo. En primer lugar el vinculado a la *Encarnación*: mediando la asunción de la carne humana del Hijo y «representando» con su sí a la entera humanidad⁹⁰. Y en segundo lugar, el desarrollado respecto a la desobediencia del género humano, asumiendo con su libertad el lugar que le fue ofertado en la historia de la salvación. En ambos casos, ella es «figura» de la condición humana. En su misión reparadora, «representa» la dimensión ascendente, de respuesta y consentimiento al proyecto salvífico de Dios hacia la humanidad (*dimensión ascendente*), y por ello, puede presentarse anticipado en ella el destino de la humanidad.

De este modo el paralelismo: *Adán recapitulado por Cristo / Eva recapitulada por María*, adquiere un nuevo significado y se llena de sentido. Tanto Adán como Eva representan la entera humanidad. La distinción de Ireneo, sin embargo, parece tratar de poner de relieve distinguiéndolos, dos órdenes de realidad que deben de ser reparados-recapitulados. En primer lugar, *la condición frágil de la naturaleza humana* que en Cristo es asumida y conducida a la incorruptibilidad⁹¹. Algo que sólo el Verbo

⁸⁸ *Adversus Haereses* III, 22,4.

⁸⁹ Cf. J. A. DE ALDAMA, *María en la patrística de los siglos I y II*, BAC, Madrid 1970, p.115, n.46.

⁹⁰ La obediencia de María es condición de posibilidad para que la carne mortal sea asumida por el Verbo y posteriormente «absorbida y engullida», conduciéndonos a la inmortalidad.

⁹¹ «Pues *la vida se restituye por la curación, y la incorrupción por la vida*. Y es el mismo quien da la curación y la vida; y el mismo que da la vida reviste de incorrupción a su criatura» (*Adversus Haereses* V, 12,6).

podía hacer, en tanto que «Hacedor de todas las cosas» —a cuya imagen hemos sido creados—, y en cuanto *encarnado*⁹². De ahí, que en primer lugar se mencione sólo a Cristo como el que recapitula a Adán.

En segundo lugar, lo que debe de ser recapitulado es *la condición deformada, caída y esclava de la naturaleza humana* a causa del pecado. Para Ireneo, Cristo es también aquí el que cura, restaura, etc., el que repara —como ya hemos visto— con la obediencia de la Cruz la desobediencia del árbol⁹³. Pero el paralelo en este caso se establece con la figura de María, a la que se le atribuye también la participación, a través de su obediencia, en la disolución de la desobediencia, reconociendo efectos en la entera humanidad. Al hacerlo así, Ireneo parece estar queriendo decir que, en este segundo orden de realidad, el reparador sigue siendo Cristo, pero la humanidad puede colaborar con él de alguna manera para recuperar la semejanza perdida, uniéndose a la obediencia de Cristo, asumiendo cada cual, el lugar que le corresponde en el proyecto divino, en la historia que camina hacia la plenitud de la salvación. Para esto, Ireneo se sirve ahora de la figura de María, a través de la cual da a entender que en este proceso de reparación-recapitulación *el género humano* está invitado y posibilitado para colaborar con Cristo⁹⁴, tal como María lo hizo, a través de *la total aceptación a la misión* que le sea encomendada (*obediencia*).

En todo caso el cotejo Eva-María no es en Ireneo un simple paralelo, sino la consecuencia de una idea fundamental: el plan salvífico de Dios no es una mera restitución de la obra primera. Su reparación debe ser contemplada dentro de un proceso que supone una regeneración a través de la cabeza: la recapitulación en Cristo. Lo que es cumplimiento abre en sí mismo a lo que comienza el espacio para su plenificación. La reparación apunta así a una renovación radical en la que cada uno de los elementos

⁹² *Adversus Haereses* III, 10,2: «haciéndose Hijo del Hombre a fin de que el hombre se hiciere hijo de Dios».

⁹³ «Porque *disolviendo la desobediencia* del hombre que tuvo lugar al principio en el árbol, “se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz” (Fil 2,8), *curando por la obediencia* en el árbol la desobediencia en el árbol...» (*Adversus Haereses* V, 16,3).

⁹⁴ Ambas dimensiones aparecen también en otros textos, diferenciando el paso de la mortalidad a la inmortalidad del de la reparación de las consecuencias del pecado. «Pues *la vida se restituye por la curación, y la incorrupción por la vida*. Y es el mismo quien da la curación y la vida; y el mismo que da la vida reviste de incorrupción a su criatura» (*Adversus Haereses* V, 12,6).

corrompidos en el momento de la caída es renovado substancialmente, pero además se introduce dentro de este movimiento de cumplimiento, donde el «primer término es siempre esbozo, diseño»⁹⁵. Pero en el tránsito desde el esbozo al cumplimiento, la figura de María, recuerda a la humanidad —a la cual representa— que está invitada a participar activamente en este proceso, colaborando en Cristo y con Cristo, en la recapitulación de todas las cosas en Dios.

4. VALORES PERMANENTES PARA NUESTRO HOY

El concepto de «*recapitulación*», que hemos descubierto como el marco que nos ofrecía el propio Ireneo para desvelar desde él, su comprensión de la idea de «reparación», nos ha conducido a la *teología de la imagen*, como el ámbito más adecuado para comprender dicha «reparación» en el proceso de la *restitución* de la semejanza con Dios en el ser humano y de la conformación a su imagen. Desde el origen, Ireneo piensa al Creador tomando de sí mismo la sustancia de la criatura y la imagen primordial de su especie, y a la criatura llamada a devenir en un proceso donde el cumplimiento sólo le puede llegar de la comunicación de la plenitud divina, pero en ese devenir debe someterse y encomendarse a «las manos plasmadoras de Dios», que la repara, recrea, reconstruye, rehace, restaura... hasta que asumida en Cristo reciba de él su propia plenitud.

El lenguaje de la restauración de la imagen o la semejanza de Dios en el ser humano, y de su perfeccionamiento mediante una progresiva conformación con Cristo, reaparecerá en la teología medieval, pero a partir de aquí la *concepción moderna de la reparación* ligada siempre a la idea de la necesidad de satisfacer el pecado, adquiere otro tono. Ciertamente el pecado es una clave del proceso al que tratamos de acercarnos, pero al hacerlo como causa de pérdida de la imagen de Dios en la persona que se renovará al revestirse de la imagen de Cristo (Cf. 1Cor 15,49) y al incluirlo dentro del proceso de perfeccionamiento, a través de una paulatina identificación, que no culminará hasta la conformación total con él en la gloria, sale del encasillamiento de la fórmula contractual pecado-pago desde la que la reparación ha sido entendida en el pasado. Recuperando los acentos con los que Ireneo, en los primeros siglos del cristianismo, se

⁹⁵ H. U. VON BALTHASAR, *Gloria. Estilos eclesiásticos 2*, Madrid 1986, 53.

acerca a la idea de la reparación, se hace posible también recuperar el concepto, como mediador de sentido para hablar de la salvación hoy.

Ireneo nos regala una fórmula penetrante y bella al distinguir dinámicamente la imagen y la semejanza. Una fórmula que puede conectar más fácilmente con la sensibilidad del hombre y la mujer contemporáneos y que contagia de su dinamicidad al concepto *reparación*. La imagen pierde con el pecado la similitud con Dios (semejanza), mientras que al encarnarse Dios, y asimilar a sí la condición caída, *repara en sí la imagen del principio y recupera la semejanza*. La reparación encuentra de este modo su lugar en una creación en devenir, en movimiento hacia el cumplimiento, en la que las manos de Dios no cesan de imprimir su forma (el Hijo y el Espíritu) tanto en el reino de la naturaleza como en el de la gracia. Todo está «*en reparación*» ... como la *obra de arte*⁹⁶ en espera del artista que restaure, limpie, recupere la idea original y rehaga los trazados, los vaya desarrollando en dirección de la imagen perfecta, hacia el cumplimiento que sólo por él puede ser dado. El concepto *reparación ireneano* nos habla de la fragilidad de la condición humana, pero también de sus posibilidades de ser fortalecida, de hallar consistencia en el dejarse remodelar por la acción de Dios. Adquiere de este modo vitalidad y muestra su potencial perfeccionador, invitándonos a mirar nuestra condición humana y sus debilidades como una «oportunidad» de adquirir una nueva consistencia «regalada», desplazando de este modo el acento, en la comprensión de la «reparación», de aquello que el ser humano «debe de hacer» con su esfuerzo y a pesar suyo, a contemplar lo que Dios hace en nosotros y lo que nos da la oportunidad de hacer en orden a nuestra más plena realización.

Ireneo nos ha aportado también otra serie de imágenes desde las cuales podemos complementar y releer el concepto de reparación. Así el texto ireneano nos ha invitado a tomar la metáfora medicinal desde la cual podemos introducir en este proceso de restauración la idea de *salud* que implica a la entera persona, y donde aparece un espacio donde introducir nuestras heridas, fragilidades y debilidades... para que sean sanadas,

⁹⁶ Ireneo desarrolla esta idea de Dios como artista en Ireneo habla de Dios como Artista en *Adversus Haereses* IV, 39,2: «Preséntale tu corazón blando y maleable y conserva la figura con que te modeló el Artífice, reteniendo el Agua que viene de su parte, no vayas a perder, endurecido, las huellas de Sus dedos. Guardando empero la trazazón, subirás a lo perfecto; pues el arte de Dios esconderá el barro que hay (naturalmente) en ti...».

curadas y fortalecidas... al ser asumidas por Cristo y ungidas por el Espíritu, sin perder la mirada hacia el horizonte de la plenitud y cumplimiento. De este modo, el concepto de *reparación* resulta de gran actualidad por su valoración de la naturaleza humana, de la carne y el cuerpo, como elementos integrantes de lo que en definitiva somos y estamos llamados a ser. Al mismo tiempo, abre un espacio de colaboración en la obra recapituladora-reparadora de Cristo, que invita a detectar las brechas y fracturas de nuestro mundo, las mayores rupturas, los vacíos más profundos y a comprometernos con ellos, asumiendo cada cual su rol en el proyecto de Dios con el mundo —tal y como hemos visto a través de la figura de María—.

Creación, Alianza y Salvación son expresiones del proyecto de recapitulación de Dios, y la perspectiva de *la imagen* permite resaltar la dignidad innata del ser humano y su camino de desarrollo y perfeccionamiento.

«[...] ya se ve lo que ha de significar el lenguaje de la reparación. Si la ofensa a Dios es el daño del hombre, la verdadera satisfacción no consiste en que Dios se sienta aplacado en virtud de una prestación infinita, sino en la restauración de la naturaleza y del hombre dañado. Restauración que se verifica mediante la novedad del hombre: mediante la muerte del egoísmo y sus concupiscencias que constituyen la alienación radical del hombre»⁹⁷.

La teología ireneana impide toda tentación de huida de la historia, sea hacia el pasado o hacia el futuro, presentando el tiempo como un elemento esencial en este devenir de la historia que está llamada a la recapitulación. La tarea de la reparación es la de restaurar el tiempo de la historia, y con ello restaurar la propia esperanza en la misma, bajo el signo de la paciencia de Dios respecto a la maduración de cada persona⁹⁸.

⁹⁷ J. I. GONZÁLEZ FAUS, *La humanidad nueva*, 498.

⁹⁸ «Desde el mismo instante en que Dios ha comunicado a alguno su efigie, se encuentra, de alguna manera, atado a él para siempre, como incapaz de abandonarlo, de despreciarlo, porque es algo de sí mismo. Devastada, saqueada, la imagen divina continúa pesando sobre el ser humano a la manera de *una llamada*, de una inquietud; y pesa también sobre Dios, ejerciendo en él una especie de atracción secreta hacia el hombre pecador para hacerle salir de su soledad y reorientarle hacia él»: A. TARBY, citado en J. M. SÁNCHEZ CARO, *Eucaristía e historia de la salvación: estudio sobre la plegaria eucarística oriental*, Editorial Católica, Madrid 1983, 219 [*Le prière eucharistique de l'Église de Jerusalem*, Beauchesne, Paris 1972, 130].

La restauración de la imagen de Dios en el ser humano se desvela como una renovación que mira hacia el despliegue pleno de la obra divina, en una «Nueva Creación» que no prescinde de lo antiguo sino lo perfecciona y lo abraza trayéndole la novedad que lo plenifica. El Reparador es así el Restaurador y a la vez el Artista recreador, y su acción afecta a la humanidad en su devenir histórico, pero también a la totalidad de lo creado. La idea de *reparación* se muestra así como una invitación al compromiso con los hombres y las mujeres de nuestro mundo, pero también con la naturaleza, con el cosmos, con el universo entero que en Cristo está destinado a una plenitud que desborda sus posibilidades.



Copyright and Use:

As an ATLAS user, you may print, download, or send articles for individual use according to fair use as defined by U.S. and international copyright law and as otherwise authorized under your respective ATLAS subscriber agreement.

No content may be copied or emailed to multiple sites or publicly posted without the copyright holder(s)' express written permission. Any use, decompiling, reproduction, or distribution of this journal in excess of fair use provisions may be a violation of copyright law.

This journal is made available to you through the ATLAS collection with permission from the copyright holder(s). The copyright holder for an entire issue of a journal typically is the journal owner, who also may own the copyright in each article. However, for certain articles, the author of the article may maintain the copyright in the article. Please contact the copyright holder(s) to request permission to use an article or specific work for any use not covered by the fair use provisions of the copyright laws or covered by your respective ATLAS subscriber agreement. For information regarding the copyright holder(s), please refer to the copyright information in the journal, if available, or contact ATLA to request contact information for the copyright holder(s).

About ATLAS:

The ATLA Serials (ATLAS®) collection contains electronic versions of previously published religion and theology journals reproduced with permission. The ATLAS collection is owned and managed by the American Theological Library Association (ATLA) and received initial funding from Lilly Endowment Inc.

The design and final form of this electronic document is the property of the American Theological Library Association.